



**UNIDAD IZTAPALAPA
DIVISIÓN CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES**

**LICENCIATURA EN LETRAS HISPÁNICAS
“LA MIRADA CRIOLLA DE CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA”**

**TESIS PROFESIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN LETRAS HISPÁNICAS**

**PRESENTA:
LIS MONTOYA HERNÁNDEZ.
MATRÍCULA: 99327287**

ASESORA DE TESIS: DRA. MARÍA JOSÉ RODILLA LEÓN.

**LECTORES DE TESIS: DR. GUSTAVO ILLADES AGUIAR.
MTRO. MARCELO SERAFÍN GONZÁLEZ GARCÍA.**

MÉXICO, D.F., JULIO DE 2005

INDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

GLORIAS DE QUERÉTARO

I.1.- Orígenes del criollismo.	3
I. 2.- Nacimiento del Culto a la Virgen de Guadalupe.	11
I. 3.- Análisis literario del texto.	21
I.3. 1.- Concurso de poetas: Sigüenza resulta ganador con un poema a la Virgen de Guadalupe.	28
I.4.- Características criollistas en el texto: su visión del Indio ante la construcción del Templo.	34

CAPÍTULO II

TEATRO DE VIRTUDES POLÍTICAS

II. 1.- Orígenes del texto de Sigüenza y Góngora.	41
II. 2.- Análisis Literario del texto.	46
II. 3.- Características criollistas del texto.	63
II. 3. 1.- Visión del indio.	67

CAPÍTULO III

ALBOROTO Y MOTÍN DE LOS INDIOS DE MÉXICO

III. 1.- Origen del motín del 8 de Junio.	70
III. 2 .- Análisis literario de la obra.	73
III. 3.- Características criollistas en el texto: Sigüenza como cronista de la Corte Virreinal.	83
III. 3.1.- La visión del indio en la crónica.	90

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCION

Uno de los puntos a tratar mi trabajo es el indio visto desde la mirada de uno de los autores más importantes del barroco en México, así como su visión criolla acerca de los acontecimientos desarrollados en su época en México. Para ello, se han tomado tres obras del autor: La primera es *Las Glorias de Querétaro*, fechada en 1680, contiene la historia de la construcción del Templo en honor a la Virgen de Guadalupe en la ciudad de Querétaro. A lo

largo de la obra observaremos la serie de elementos a los que recurrirá el autor para explicar la erección del Templo, así como la serie de festividades en honor a la Virgen, patrona de los indios y criollos. Para ello se agregará una breve semblanza del nacimiento del culto guadalupano.

La siguiente obra es el *Teatro de Virtudes Políticas* (1680). En ella veremos una serie de explicaciones acerca de la llegada del virrey a Nueva España, el Conde de Galve. Sigüenza requiere hacer un arco triunfal para el virrey, que será explicado con base en el rescate de los antiguos dioses prehispánicos y sus virtudes, antepuestas al carácter del virrey entrante de Nueva España. Veremos entonces un rescate del pasado indígena que el autor hará para hacer ver que no todo es mediocridad en los indios.

La última obra se titula *Alboroto y motín de los indios de México de 1692*. En ella veremos cómo Sigüenza despedaza la condición de los indios en el motín que ocurrió en la ciudad de México en 1692. Así como la exaltación de los criollos que, como él, tratan de rescatar a Nueva España.

Tenemos así tres obras. Cada una escrita de diferente manera y cada una demuestra la condición indígena en aquel entonces. Lo considerable aquí es la mirada criolla de Sigüenza quien, empleando conocimientos matemáticos, astrológicos, pero, sobre todo, literarios, demuestra que siendo

criollo, se preocupa por su raza y por el bienestar de la tierra que le pertenece. Además exalta valores mexicanos tales como el culto guadalupano, que era ya uno de los estandartes criollos, aunque no olvida rescatar el pasado prehispánico, otro de los objetivos de los criollos. Sin embargo, una constante permanente alrededor de las tres obras es la condición del indio. En una los trata mal y en otra exalta sus antiguas costumbres. Es así como en el corpus del trabajo se irá viendo una degradación del indio. También se verá el estilo literario de cada una de las obras ya citadas, así como una breve introducción acerca del nacimiento de la raza criolla.

CAPÍTULO I

GLORIAS DE QUERÉTARO

I.1.- Orígenes del Criollismo:

El mundo precolombino quedó sepultado. Las creencias y costumbres de este pueblo prehispánico han sido sustituidas por una nueva forma de pensamiento religioso y social.

A partir de la llegada de los españoles a México en el año de 1519 comenzó una etapa nueva para la región del centro del continente americano. Se comenzó una renovación en el ámbito social, político, económico y cultural.

Con la caída de Tenochtitlán en 1521, la renovación empieza desde la reconstrucción de la ciudad hasta la imposición de una nueva religión y una nueva cultura. Pero sobre todo a partir de la implantación de un nuevo régimen político, comienza la era de cambios a nivel social y cultural en México.

Con la llegada de embarcaciones españolas empieza la mezcla de razas, esto es que cuando los españoles llegaban a México, además de cambiar el sistema del México prehispánico, conseguían obtener a las mujeres indígenas y éstas daban a luz a niños con sangre indígena y española. Pero no siempre los españoles llegaban solos, muchas veces desembarcaban con sus familias y al establecerse en la Nueva España, la mayoría de los hijos nacían en la

nación mexicana y es aquí donde surge una nueva raza en el territorio novohispano,

la *raza criolla*. Pero no es sino hasta el siglo XVII cuando comienza una verdadera identidad criolla en la Nueva España que alcanzará su auge en los aspectos religioso, político, social, pero sobre todo cultural. Aunque cabe señalar que el criollo, aun siendo hijo de conquistadores españoles, nunca podrá aspirar a obtener el grado de legitimidad que tienen sus antecesores.

Para empezar, el criollo es hijo de españoles, nacido en América, aunque ésta sea una diferencia entre ellos y las denominadas castas raciales¹, no existirá una diferencia entre ambas debido a que los peninsulares, que son hijos de españoles nacidos en España pero que vienen a México, gobernarán y tratarán a los criollos discriminadamente como a los demás grupos raciales.

Esto viene a ser un problema bastante complicado ya que los criollos sienten que México les pertenece por haber nacido aquí y por lo tanto esto les da el derecho de adueñarse de los ámbitos político y religioso, pero los criollos no podrán aspirar a nada más que a pequeños puestos en la Iglesia o a simples sirvientes de españoles: “este hombre que ya no se siente europeo, que detesta al gachupín, no puede, sin embargo, dejar de sentirse de alguna

1

manera español. Pero su modelo a seguir no puede ser otro más que el europeo” .¹

A lo largo del siglo XVII se intensificó la envidia entre las familias de los

conquistadores y los advenedizos, hasta convertirse en una verdadera animosidad entre criollos y peninsulares. Mientras los criollos fueron quedando rezagados en los puestos políticos y religiosos, muchas familias españolas llegaban con sus hijos a México y por igual los virreyes llegaban con sus séquitos de sirvientes y menos oportunidades tenían los criollos de obtener un trabajo como medio de subsistencia.

En general, a partir del siglo XVII, la actitud del español americano se agravó debido a la holgazanería y a la angustia de no encontrar un lugar fijo donde acomodarse, y muchas veces se debía a la falta de estímulos para ellos, como por ejemplo, un cargo público. “Y el criollo novohispano es precisamente ese hombre en busca de un nombre y de un rostro”²

Sin un sustento fijo, el criollo siempre va a buscar esa identidad en Nueva España, buscará incansablemente en quién apoyarse y siempre tratará

¹ Jorge Manrique, “Del barroco a la Ilustración” en, *Historia General de México*, t. II., El Colegio de México, 1976, p. 245.

² David Brading., *Los orígenes del Nacionalismo Mexicano*, 2ª. ed., Era, México, 1988, p. 45.

de justificar su origen frente a los europeos, aunque ellos nunca les den un rostro, una identidad. Ahora bien en la búsqueda de esa identidad, los criollos se refugian en la religión.

El trabajo que van a realizar los criollos es el de escarbar en el pasado indígena para exaltar a varios de sus dioses, recordemos que anteriormente

México era una nación politeísta y a partir de la evangelización se adquiere la

religión cristiana. Entonces rescatando raíces indígenas y escribiendo de manera europea, los criollos harán del pasado indio una verdadera joya en la literatura, uno de estos casos será sin duda Don Carlos de Sigüenza y Góngora.

Otro de los motivos en el cual se basaron varios criollos, fue el mito guadalupano. Con la llegada de la Virgen de Guadalupe, ésta se convierte en estandarte de los criollos e indígenas. Tanto criollos como indios comenzaron a rendirle culto a la Santísima y con esto surgiría un mito nacional muy poderoso para el clero y el virreinato. Muchos novohispanos, en su mayoría criollos, se ocuparon de querer enaltecer no sólo a la Guadalupana sino

también a otros santos o patronos de barrios de la ciudad central o de las ciudades del interior.

Algunas imágenes santas o algunas imágenes religiosas que sirvieron durante el período de la evangelización, servirían ahora como estandarte de muchos criollos y también de indios que no terminaban de aceptar a la Virgen como estandarte de la religión en México. Sobre esta base, la cultura barroca de los siglos XVII y XVIII montaría una formidable cultura de mitos, historias y leyendas que aún conocemos³

A partir del siglo XVII la religión desarrolla una función muy importante para los criollos y la sociedad española en México. Los sacerdotes y obispos construían grandes parroquias y grandes conventos donde instruían a la gente a tener conciencia de sus actos y evitar que pecaran, mientras tanto algunos criollos ya se habían colocado en las ramas del Derecho y la Teología, pero no todos obtenían el ingreso, se necesitaba estar en óptimas condiciones de conocimiento y por este motivo algunos no entraban y se dedicaban a la ociosidad en tabernas y comercios ambulantes, mientras tanto los españoles peninsulares mantenían su desprecio ante los criollos. Y “el sentimiento de desigualdad venía desde las leyes promulgadas en 1542 que les prohibían el carácter hereditario de las encomiendas, lo cual les restaba poder económico”⁴ Paulatinamente, los criollos formaron una oligarquía económica y social, acumulando grandes capitales a través del comercio, la

³ Brading, *op. cit.*, p. 56.

⁴ *Ibid*, p. 35.

minería y la posesión de tierras e incrementándolos por medio de matrimonios ventajosos. “De la misma forma fueron introduciéndose en cargos públicos con la llamada compra de oficios que se inició en 1591 monopolizando los cabildos, e incluso accediendo, también por compra desde 1687, al cargo de oidor de la Audiencia, lo que conllevaba la adquisición de prestigio, de gran importancia para el grupo racial que buscaba su propia identidad”.⁵

Un factor a favor de los criollos es la llegada de la Compañía de Jesús en 1534, los jesuitas traerían nuevas esperanzas a los criollos: “Los jesuitas representan el pilar del cual se sostendrían por muchos años los criollos, puesto que los jesuitas van a impulsar el pensamiento criollo y lo explotarán hasta crear hombres de prestigio”⁶

Para la llegada del siglo XVII, la Nueva España estaba mejor organizada, sin embargo seguía el empeño criollo por sobresalir. Con la apertura de colegios jesuitas y de otros misioneros en el siglo XVI, la instrucción pública comenzó a causar los primeros letrados criollos e indígenas, muy al pesar de los españoles.

⁵ *Ibid*, p. 36.

⁶ *Ibid*, p. 45.

Sin embargo, por el rápido desarrollo educativo y por el deseo de seguir enviando a hijos de familias distinguidas a la capital a estudiar, fue necesario pensar en la fundación de una Universidad. Esto se vino planeando desde el virreinato de Don Antonio de Mendoza, el cual envió un oficio a España y fue la corte española quien dio la autorización para construirla. Y aunque se tenían pocos recursos, no fue sino hasta 1551 durante el virreinato de Don Luis de Velasco, cuando el príncipe Felipe autorizó la llegada de recursos y en 1553 se inauguró la Universidad de México. Esta universidad significará para muchos criollos la plataforma para alcanzar el prestigio como los herederos de sus padres españoles, aunque no todos lo conseguirán. “Algunos naturales del país (criollos) fueron muy distinguidos en los estudios, a pesar de que no se les permitía recibir las órdenes sagradas y se les oponían grandes dificultades para entrar a la carrera”.⁷ En vísperas del siglo XVIII se comienza a respirar un aire de cambio para todos. La llegada de la nueva corriente a América, la *Ilustración* trae consigo cambios a nivel cultural, más que en el ámbito político para los criollos.

⁷ Vicente Riva Palacio, *México a través de los Siglos*, t. IV., ed. Cumbre, México, 1976, p. 67.

El racionalismo llegó a penetrar con fuerza, pero hasta bien avanzado el siglo, es cuando comienzan a verse pequeños influjos de la corriente del *Siglo de las luces* europeo y entonces se buscarán nuevas sendas para el conocimiento criollo. Pero con la llegada de la Ilustración también viene el golpe más duro para los criollos. El gobierno favorecido por Carlos III mandó en 1767 un comunicado a Nueva España advirtiéndole que los jesuitas eran expulsados del territorio monárquico español. Este fue un golpe inesperado para la sociedad criolla que observaba cómo llegaban embarcaciones a los puertos y sacaban con violencia a los jesuitas, les quitaban sus nuevas posesiones. “Estos acontecimientos constituirán un momento decisivo en la historia colonial de México”.⁸

Varios humanistas, pintores, letrados tuvieron que huir de los españoles y evitar ser exterminados, pero el problema continuaba, los criollos siguieron siendo discriminados. La lucha continuaba, “la debilidad del mexicano ante el español y sus graves limitaciones se originaron en el hecho de haber nacido en una colonia”.⁹ Aunque se consideraran hijos de la misma sangre española, las diferencias eran evidentes, el rechazo siguió y los criollos recurrieron a inventarse un nuevo mundo, una nueva raza. Pero la

⁸ *op. cit.*, p. 69.

⁹ Fernando Benítez, *Los Primeros mexicanos*, Era, México, 1975, p. 275.

influencia que dejaron era enorme tanto a nivel político, como a nivel cultural, este último el más importante porque de ahí se apoyaron los criollos para atacar a los españoles y desarrollarse plenamente como raza.

Y así se establece una nueva raza en América, los criollos, que, a diferencia de otras, logró colocarse paulatinamente en un lugar reconocido: “El hijo del conquistador o del primer poblador nacido en la Nueva España, es decir, el primer mexicano en el tiempo, no es un hombre muerto”¹⁰ Al contrario, su complejo de “menor valía”, que estuvo perdurando al principio, se fue difuminando y trataron de quitar a los españoles del poder absoluto de Nueva España. Y el criollismo se basó principalmente en una búsqueda de identidad personal y nacional, en la que muchas ocasiones tuvo situaciones contradictorias. Una de ellas es el valor del indio para ellos.

Muchas veces se les exaltaba como los herederos de la cultura precolombina, pero en otras ocasiones se les trataba como gente desposeída, sumida en la mediocridad.

¹⁰ Jorge Manrique, *op.cit.*, p. 246.

I. 2.- Nacimiento del culto a la Virgen de Guadalupe

Con la llegada de los españoles en 1521, se empieza a escribir de nuevo la historia de México. Un México que había quedado destruido en su corazón y en sus emociones más profundas: la religión.

La tarea de evangelizar a los indígenas por parte de las misiones religiosas (franciscanos, dominicos y agustinos) no fue nada fácil. Había que romper con las antiguas creencias politeístas del mundo prehispánico. Ese era el problema al que se enfrentarían los evangelizadores, el problema de acabar con una creencia milenaria. Así el mundo prehispánico vencido quedó sumergido en la angustia.

1521 fue el año en que la nación indígena se destruía lentamente y era aún más preocupante para los conquistadores que el pueblo prehispánico no supiera entender en un principio la evangelización. Los indios que quedaban guardaban cierto rencor hacia los españoles. México dejaba de existir como una nación independiente y pasaba ahora a ser dominada por España, un pueblo con creencias religiosas muy diferentes a las creencias prehispánicas, una religión basada en el Cristianismo. Pero debemos tomar en cuenta que el

pueblo indígena había quedado sumamente herido por la conquista, así que los evangelizadores no veían fácil el adiestramiento de indígenas para que empezaran a aceptar a Dios como figura omnipotente: “Amplio y largo proceso significó la evangelización de México. Esta conquista espiritual, como con justicia ha sido llamada, pues fue no dominación violenta sino atracción amorosa, requirió esfuerzo abundante, ejemplar conducta que imitar, entrega y dación desinteresada, plena, y también un apoyo espiritual, una singular protección para el pueblo de México”.¹

Todo el pensamiento politeísta de los indios fue causa de destrucción para los evangelizadores. Terminaron con todo vestigio del antiguo pensamiento que daba sentido a la vida prehispánica. En el México prehispánico, se tenía la creencia de que la religión era lo más importante y lo más sagrado para ellos, sin embargo para la evangelización lo importante era meter la idea del Cristianismo a los conquistados como religión absoluta.

Los indios eran pobres, humildes, mansos, simples y nobles. Los misioneros supieron aprovecharse de esta bondad natural para introducir el culto a los santos europeos más rápido de lo que habían planeado; sin

¹ Ernesto de la Torre Villar, *En torno al Guadalupanismo*, Porrúa, México, 1976, p. 20.

embargo, se toparon con el problema de que muchos indios se sentían decepcionados por la llegada de los españoles, existían indios que los veían con rencor debido a que pensaban y sentían que les habían quitado sus tierras.

En ese entonces los españoles eran el gran grupo dominante de la Nueva España, por ende, tenían permitido hacer lo que quisieran con la cultura indígena y qué mejor que adoctrinarlos con las creencias cristianas de España.

El primer punto que trataron los evangelizadores era el amor al prójimo y la fraternidad entre los indígenas, ya que el pueblo se encontraba muy dividido y no

permitía el avance de la tarea evangelizadora. Los misioneros se toparon con lo que anteriormente se dijo: el rencor contra los españoles. Pero sólo el amor a Dios, traducido entonces por medio de oraciones y cultos, permitió a los misioneros franciscanos llegar a la conciencia de los heridos indios de Nueva España. Y es que, al principio, los indios quedaron tan resentidos con los conquistadores que observaban de lejos las oraciones y los cultos que los españoles les brindaban a su Dios cristiano. De ahí que los franciscanos tuvieran la idea de que por medio de “ejemplos”, los indios entendieran la

religión cristiana suplantando a todas las creencias indígenas: “La regla del amor al prójimo fue, pues, el principal instrumento de que se valieron los primeros religiosos para atraerse a los indios y convertirlos en cristianos ejemplares, semejantes a los de la iglesia primitiva”².

Con la llegada de las primeras misiones a México en 1523 y luego otras en 1524, comienza una nueva etapa porque la instrucción encomendada a los misioneros era la de *evangelizar* a los indios, y sólo ellos debían obtener un método adecuado para tal acción; y así los franciscanos supieron aprovechar al máximo los escenarios indígenas y trasplantaron las escenas religiosas a tales escenarios. Al principio las misas eran de gran ayuda para evangelizar, sobre todo el hecho de usar en cada sermón dibujos o pinturas aludiendo a pasajes bíblicos.

Como estos métodos no funcionaron, decidieron recurrir a las pantomimas, aprovechando recursos indígenas de antes de la conquista, ya que los misioneros comprobaron varias veces que solamente entenderían moviéndose en escenarios y eso les serviría de ejemplo. Así trataron de copiar las representaciones de las ceremonias prehispánicas, sin embargo el principal problema era que por no hablar la misma lengua que el pueblo indígena, los frailes eran vistos como extraños y por tanto rechazaban esas demostraciones

² José Miranda, *Vida Colonial y Albores de la Independencia*, Col. Sep Setentas, México, 1976, p. 89.

de fe y se negaban a la aceptación de una nueva religión. Este problema de comunicación entre los indios y los frailes, no se solucionó hasta que estos se adaptaron a la lengua indígena de la Nueva España: “Los frailes recurren a los “*Neixcuitilli*”, que son simplemente temas parecidos a los *exempla* de la época medieval en donde representaban pasajes de la Biblia. Salían a enseñar religión para dar a conocer la implantación de una nueva concepción del mundo”.³

Pero igualmente los frailes se vieron en nuevos problemas, porque los indios no se identificaban con tantos símbolos y sobre todo no podían aceptarlos. Para los indígenas la idea de la comunión era la de sacrificar humanos, donde todos participaban y al final culminaban con la *antropofagia*. Esta idea la retoman los frailes y cuando convocaban a los indígenas a comulgar les ofrecían comer el cuerpo y beber la sangre de Cristo como acto de aceptación de la

religión Cristiana y es ahí donde vemos un *principio de identificación* con el símbolo del sacrificio humano. Por otro lado, para los frailes era muy conveniente que los indios sintieran mayor atracción por las representaciones que por escuchar sermones aburridos y menos si no eran en sus lenguas

³ María Sten, *Vida y Muerte del Teatro Náhuatl*, Col. Sep Setentas, México, 1975, p. 45.

nativas; fue entonces cuando algunos frailes se preocuparon por aprender las lenguas indígenas y aprovecharon los espacios de los templos y los adornaron con flores, como solían hacerlo los indígenas antes de la Conquista, por igual encendían cirios o velas, simulando al viernes santo o la Pascua. Esta serie de motivos fue lo que desató la identificación de los indígenas con las festividades; y conviene mencionar, entre ellos, la aceptación de la Santa Cruz, que la ponían enterrada afuera de los escenarios para que, al verla, los indios le rindieran amor y respeto.

Y es que antes de la conquista los indios decían que el Dios Quetzalcóatl tenía una cruz en la cabeza. Y como Quetzalcóatl representaba la fuerza del pueblo indígena, al llegar los conquistadores se toparon con que los indígenas ya creían en la Santa Cruz, pero de forma diferente: “La cruz que Quetzalcóatl llevaba en la cabeza, al igual que otra del Códice *Feyérvary-Mayer*, sobre la cual está dibujado un personaje barbudo, era el símbolo de las cuatro direcciones del espacio, de los puntos cardinales, como correspondía al dios del viento, *Quetzalcóatl-Ehécatl*”⁴. Por lo que entendemos que la cruz para los indios era símbolo de respeto a la naturaleza; sin embargo, los españoles que venían de una creencia cerrada y cristiana, no podían entender la cruz

⁴ Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe, la formación de la conciencia nacional en México*, trad. de Ida Vitalle y Fulgencio López Vidarte, 2ª. reimpr., FCE, México, 1990, p. 231.

con otros ojos más que con los del Cristianismo. Como confirma Jacques Lafaye: “En efecto, las cruces de valor religioso eran bastante numerosas en el México antiguo”. Por esto las cruces edificadas en el antiguo México prehispánico fueron unificadas e interpretadas como signo de evangelización.

Anteriormente, los indígenas tenían la creencia de que Quetzalcóatl, después de que los había dejado, volvería algún día desde el mar para traer prosperidad y dicha al pueblo. Esto entró en confusión cuando Cortés llegó a México y como la conquista fue por mar, los indios lo confundieron con Quetzalcóatl y decidieron en cierta manera “adorarlo”, sin pensar que traería conflictos a los indios en el ámbito espiritual. Los misioneros tenían conocimiento de la leyenda de Quetzalcóatl, que regresaría para unificar de nuevo a su pueblo en forma de dios supremo. Así los frailes retomaron esta idea para difundir la creencia en un solo Dios.

Sin dudar, la evangelización trajo consigo una serie de ideas nuevas para la religión mexicana. La explicación sería que a falta de fe de los indios por sus dioses aztecas vencidos, se orillaron a otro tipo de creencias, las de Europa, tratando de tener un poco de equilibrio espiritual y como dice Carlos de Sigüenza y Góngora, se creó una nueva conciencia nacional mexicana, una nueva religión, una religión mexicana.

Otro elemento religioso del cual es muy importante tratar es el de la Virgen de Guadalupe y de cómo se originó este culto en México.

Para los españoles existía la Virgen de Extremadura y aunque no era causa importante para la evangelización, como la figura de Cristo, era de esperarse que también se anunciara a la virgen como madre de Dios ante los indios y los criollos de Nueva España. De hecho Hernán Cortés traía consigo una imagen tallada de la Virgen además de la del estandarte que portaba.

El inicio del culto hacia la Guadalupana en las primeras décadas del siglo XVI era necesario para tratar de darle a México su propia identidad religiosa y sus propios valores, los cuales servirían de apoyo para organizar a la sociedad novohispana, y sobre todo a los criollos que como hemos mencionado en repetidas ocasiones, no se sentían ni españoles ni indios, necesitaban encontrar un símbolo de fe y de identidad mexicana religiosa:

Surgió como expresión de particular protección, de amorosa solicitud hacia los desheredados, hacia los que habiendo perdido todo era menester cubrir de maternal dulzura y de comprensión, y otorgarles al mismo tiempo un nuevo sentido de la vida, un estímulo positivo que trascendiera todos sus actos y les permitiera renovar sus ansias de vida. Y más que para los criollos, los indios adoraban a la Virgen que era como la Santa protectora de los débiles conquistados.⁵

⁵ Ernesto de la Torre Villar, *op., cit.*, p. 21

El cerro del Tepeyac fue sin duda un lugar “clave” para los feligreses adoradores de la virgen. Es a partir de las primeras apariciones de la virgen en el siglo XVI, cuando se decide adorarla y ponerla como símbolo de la nación mexicana que comenzaba a aceptar su “doble” descendencia.

En los siglos virreinales de Nueva España, la imagen de la Santísima virgen de Guadalupe complementará la tarea de evangelización española en México y se convertirá en el verdadero símbolo del nacionalismo mexicano. Y no sólo eso. Posteriormente la creencia viajará a varios países de Centroamérica y más tarde los miembros de la Compañía de Jesús alentarían el culto hacia ella.⁶

El guadalupanismo mexicano en el siglo XVI pasará por dos etapas: una de asimilación por parte de los pobladores y otra de difusión por parte de los peregrinos. Se habla de una primera etapa porque es a partir de las apariciones cuando el pueblo entra en una fase de confusión y a la vez de aceptación de la imagen como símbolo religioso. Y la segunda etapa era quizá la más difícil para los que querían manifestar el culto guadalupano, ya que habría personas que no la aceptarían del todo como símbolo de fe. Pasando ya la mitad del siglo XVI, el culto empezaría a cobrar importancia: “El pueblo encontrará tras la sombra de la virgen una fuerza generadora de

⁶ *Ibid.*, p. 23.

fe y esperanza para criollos e indios. Junto con ella, los pobladores de México se sentían libres del yugo español”.⁷

Los cronistas del Siglo XVI relataban el amor que los indios sentían por la guadalupana, para ellos la conversión religiosa había sido por mandato divino de ella, no sólo en el Tepeyac sino en todo el valle de México. Sin embargo, nunca faltó el elemento de controversia entre la población de Nueva España.

Mientras los españoles peninsulares adoraban a la Virgen de los Remedios, los criollos e indios adoraban a la Virgen del Tepeyac, con esto nos damos cuenta de que cada vez más se notaba la imagen nueva del nacionalismo mexicano.

A partir de 1561 y 1571, que se creó la Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe, se fue amalgamando la devoción entre indios y criollos, la imagen fue adquiriendo una enorme veneración y esto fortaleció el alma de los mexicanos. A partir de entonces su culto se extendió por todos los rumbos del virreinato. Incluso una de las tareas de la llamada Compañía de Jesús era la de impartir el culto y adoración a la virgen.

⁷ *Ibid.*, p. 23.

Fue tanta la devoción por ella que se pretendía que la Santa Sede del Vaticano admitiera el 12 de Diciembre como fiesta de México. Y no fue sino hasta el siglo XVIII cuando la Virgen de Guadalupe se reconoció como la Patrona de México y a su vez la sociedad novohispana se consolidaba con su nueva religión: una fusión de culturas.

La guadalupana no queda exenta de ser tratada por los intelectuales de la época. De hecho su difusión comienza por los libros misionarios de los evangelizadores y, posteriormente, Fernando de Alva Ixtlixóchitl escribiría historias de la Virgen en su libro *Nican Motecpana*. “También Vasco de Quiroga escribiría sobre la virgen, al igual que Sor Juana y Sigüenza en su poema *Primavera Indiana*, el cual exalta la figura guadalupana y la ponía como la única patrona de México”.⁸

La difusión fue enorme por parte de la Compañía de Jesús; al llegar a Nueva España en 1572, traían imágenes de vírgenes, al igual que Cortés en su estandarte. Los dominicos y franciscanos erigieron ermitas pequeñas donde había imágenes de vírgenes.

Ya que el culto a la guadalupana se daba a la par de la fusión de culturas (indígenas y españoles), la filosofía, el humanismo, las artes y las

⁸ *Ibid.*, p. 85.

ciencias comenzaron a penetrar en el pensamiento novohispano. Surgieron las primeras alabanzas poéticas hacia la virgen. Entre algunos poetas guadalupanos destacan Mateo Rosas de Oquendo, el presbítero José Antonio Pérez de la Fuente, Pedro de Marmolejo, pero sin duda el máximo genio del siglo XVII es Carlos de Sigüenza y Góngora, que con su ya nombrado poema sacrosanto la *Primavera Indiana* logra exaltar a la virgen a su máximo grado, pero es en las *Glorias de Querétaro* donde veremos la capacidad literaria de Sigüenza al escribir sobre una iglesia dedicada a la virgen en la ciudad de Querétaro y posteriormente un poema que, además de exaltar a la virgen, promueve la unión de culturas que hicieron surgir a la sociedad novohispana.

I. 3.- ANÁLISIS LITERARIO DE LA OBRA:

Sigüenza y Góngora edita sus *Glorias de Querétaro* en el año de 1680. Para ese año el autor había sido nombrado Cosmógrafo Real de la Corte del Virrey. Sin duda era un cargo importante, en parte tenía que observar los astros del cielo, eclipses, formaciones planetarias y efectos climatológicos. Para el autor éste era uno de los retos más difíciles de su vida porque debía comprobar que realmente era un criollo bien instruido y sobre todo demostrar

su verdadero conocimiento astrológico y cosmográfico. Y pudo manejar bien las técnicas de su conocimiento adquirido con los años de estudio no sólo en el Colegio Jesuita sino de su propia experiencia de vida y estudio.

La obra es un material que describe perfectamente las ceremonias dedicadas al templo levantado en la Ciudad de Querétaro, en honor a la Virgen de Guadalupe, que, recordemos, era considerada ya como la patrona de los indios y criollos y, por tanto, de un nacionalismo puramente mexicano.

Lo destacable del texto es la capacidad descriptiva de Sigüenza en la narración del levantamiento del Templo queretano, además de sus cálculos matemáticos y sus estudios astrológicos y climáticos. Era muy importante mantener viva la imagen de la Virgen y transmitir los conocimientos acerca de ella a la gente que carecía de ellos. Como en la época de la Colonia no había periódicos, ni revistas, el medio para dar a conocer sucesos históricos

importantes era la crónica literaria. Como afirma Leonard, la literatura muchas veces era sobrecargada de trivialidades y eventos magnánimos, sin embargo: “De vez en cuando una chispa de metal puro reluce entre la escoria, y en esto, *Las Glorias de Querétaro* se aquilata mejor que el promedio de

escritos de esta especie”.⁹ Y en la obra veremos la importancia de la descripción de la construcción del Templo, así como la *máscara o mascarada*, que era una de las festividades que se realizaron en honor a la Virgen.

El texto contiene al principio una serie de aprobaciones que hacen constar que se trataba de una descripción verídica sobre los hechos en la ciudad y, a la vez, se requerían dichas aprobaciones como requisito para la publicación de ésta.

La narración consta de nueve capítulos y un poema sacrosanto intercalado entre los capítulos octavo y noveno, donde el autor exaltará la imagen de la Inmaculada Virgen María. Dicha narración está siempre en primera persona, en la que se limita a describir la construcción y labores de la iglesia, aunque posteriormente, Sigüenza se introducirá en la narración como personaje.

Observamos en las primeras frases del autor que opina que las cosas magnánimas están destinadas al fracaso y a la destrucción: “lo que en el origen fue excelso desde luego se inclina a padecer el destrozo”¹⁰, y en

⁹ Irving A. Leonard, *La época barroca en el México Colonial*, trad. de Agustín Escurrida, 3ª. reimpr., FCE, col. Popular, México, 1990, p. 184.

¹⁰ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Glorias de Querétaro*, Cimatario Ediciones, México, 1985, p. 1.

contraste con lo anterior, dice que lo pequeño, lo que inicia con poco, será destinado a la grandeza, aludiendo con ello a la Congregación de María y la próxima construcción del Templo: “y lo que nace pequeño jamás deja de remontarse al eminente trono de lo máximo”.¹¹

Posteriormente, el autor pasa a una descripción astrológica, geográfica y climatológica de la ciudad de Querétaro:

Tiene en aquel territorio particular influjo el signo de sagitario, gozo del benévolo Júpiter, causa suficiente de su admirable abundancia y de su deliciosa frescura, porque aunque su temperamento esencial, es moderadamente caliente seco, ésta última cualidad accidentalmente se desvanece con la mucha copia de agua, que humedece y refresca el asiento y contornos de la ciudad, de los signos por caer ésta en la meriedad boreal de la Tórrida Zona pasan cada día por su zenit de los peces al septentrional la cabeza y lomos de Aries, como también de Tauro, los muslos de Géminis, todo Cáncer y Leo, y la mano diestra de Virgo. De otras constelaciones: los muslos de Sottes, la cabeza de la Serpiente de Ofiuco, y el cuello de éste, la Sacta, el Pegaso y el brazo siniestro de Andrómeda. Jamás en aquel sitio tembló la tierra, ni se estremecieron los montes y si desde allí miramos el cielo, nunca se verá horrorizado con rumazones negras, sino apacible con celajes hermosos.¹²

El autor quiere hacernos ver que Querétaro es una “tierra prometida” para levantar el Templo, además de contar con excelentes maderas, piedras y cantera rosada para sus construcciones, que, según Sigüenza, es un material tan ligero y colorido como México. Establece una comparación con la Grecia

¹¹ *Ibid.*, p. 2.

¹² *Ibid.*

Antigua, al referirse a la cañada que corre por la ciudad, “cuyas admirables delicias idean las que celebra Tesalia”.¹³

Querétaro nació bajo el influjo de los doce signos del Zodiaco, pero el autor sólo nos da características de algunos de ellos. Observa el temperamento de Aries, la dualidad de Géminis, la hermosura de Cáncer, la sabiduría de Leo y el carácter de Virgo. Así como nos menciona otras constelaciones como el Pegaso, Andrómeda y la Serpiente.

En el aspecto climático y geográfico, Sigüenza observa que si hace calor excesivo en la ciudad, éste se calmará cuando venga la lluvia que trae consigo la tranquilidad. El clima es moderado, seco, pero lluvioso y propicio para la siembra.

Con los estudios de astrología alude a que Querétaro es una ciudad protegida por la estrella de Sagitario, la cual es la guardiana del planeta Júpiter que representaba para los griegos la fuerza, la inteligencia y el temperamento, por tanto, el Templo que se erigirá en honor a la Virgen será vigilado y protegido por la fuerza con la que emergió la ciudad, gracias a la protección de este dios.

En cuanto a la tierra, el autor nos pinta una escena idílica de labradores, ríos abundantes para la pesca, frutas, molinos para los cereales, etc. Una

¹³ *Ibid.*

sociedad que convive a las márgenes del río: los indios en la parte inferior y los españoles en la superior. A las demás castas raciales no se las tomaba en cuenta. Lo destacable es la distinción entre indios y españoles, sin embargo, los criollos no dejan de ser mencionados. Sigüenza los exalta como la mejor raza de América, que la tierra ya no es sólo de españoles o indios sino suya también: “El cuerpo de su república, no sólo se compone de vulgo, que al señuelo de la abundancia acude con cuantos

ejercicios mecánicos se necesitan para el complemento de la grandeza, sino mercaderes y nobilísimas familias de aquellas que desterrándose de sus patrias buscan en esta común madre el cariño de la fortuna”.¹⁴

A su vez otro elemento rescatable es la serie de exclamaciones que Sigüenza hace en el título de su obra y exalta la figura de quienes componen la sociedad queretana:

Gloria es de Querétaro el señor D. Sebastián Caballero de Medina, del Consejo Real de su majestad, que después de haber regentado en Salamanca las mayores cátedras, fue promovido por Oidor de Manila y Protector de los Sangleyes, de donde pasó con la misma plaza a la Real Audiencia de Guatemala. Gloria es suya el Reverendísimo P. M. Fr. Antonio Monroy, Doctor Teólogo y Catedrático de Santo Tomás en la Regia Imperial Universidad de México, que después de Rector del docto Colegio de Porta Coeli, Prior del Convento Grande y Procurador de su orden en la Romana Curia ascendió por los escalones de la virtud y letras, al Generalato de su religión de Santo Domingo, que hoy obtiene. Gloria es de Querétaro, el que lo es de este siglo y de la nación criolla, el R. P. Juan de Robles, de la Compañía de Jesús, en quien depositaron las gracias de sus perfecciones y en cuya

¹⁴ *Ibid.*, p. 4.

capacidad y comprensión difusa halló acogida gratísima la enciclopedia de las divinas y humanas letras, desde las que en sus tiernos años le sugirió Apolo en la cumbre del Parnaso, hasta las que le sazónó el estudio en los dogmas de Aristóteles, en las verdades morales escolásticas y expositivas, que en su magisterio atesora, siendo los púlpitos de su patria.¹⁵

Con esto, el autor considera a Querétaro como la ciudad ideal para erigir el Templo y que irá a la par del desarrollo de México como nación guadalupana: “Lo que yo aseguro es que siendo México una de las ciudades que en todo el ámbito de la tierra poseen templos con igualdad suntuosos y perfectos, Querétaro puede correr al lado de México, en tan sagrado estadio”.¹

6

Sigüenza alude también a milagros de la Guadalupana cuando narra un caso en el que un bachiller, llamado Lucas Guerrero, era dueño de varias tierras de cultivo en Querétaro. Decide plantar trigo, y aunque era dudoso que se diera la cosecha, éste le pidió a la Virgen que si se lograba el plantío de trigo, le ofrecería parte del dinero que obtuviera de la venta del grano. La cosecha “milagrosamente” se da y el bachiller ofreció el tributo prometido, pero de una manera diferente: mandando comprar una imagen de la Santísima a la capital.

¹⁵ *Ibid.*, p. 6.

¹⁶ *Ibid.*, p. 7.

Sigüenza alude a que el milagro era dudoso pero que, de cierta manera, contribuyó para enaltecer más el culto a la guadalupana y añade: “Yo no califico de milagros, no los propongo, pero sé que obligada la tierra al cortejo con que la aseó la labranza, y lograda la suertecilla de trigo llegó a quince pesos la tercera parte de lo que a María Santísima se le destinó por albicias; y como no por ser el don tan tenuemente pequeño dejaba de ser debido, desde luego se separó para remitirlo al Santuario de México”.¹⁷

Esta será una constante presente en toda la obra de Sigüenza, los milagros, como los catalogaba la gente, eran simples actos de suerte o aspectos científicos para el autor.

Otro de los elementos rescatables de la obra es la exactitud matemática que maneja Sigüenza en la descripción sobre la construcción del Templo:

La longitud del pavimento y planta del majestuoso templo, que corre del poniente al oriente, son ciento y sesenta pies castellanos, que se distribuyen en esta forma, ciento en lonja y cuerpo de iglesia, desde el claro de la puerta principal, que es la misma que mira al ocaso, hasta el primer arco total de la capilla mayor: treinta y cuatro que tiene de diámetro, hasta la grada que divide al presbiterio, que se extiende por los veinte y seis restantes, terminándose toda la longitud en el muro oriental, que se adorna con el altar mayor. El ancho, según las reglas del arte, esa caso el tercio de lo que corre la lonja, esto es, treinta y cuatro pies, y constatando de otros tantos de diámetro de la capilla mayor, queda ésta en cuadrado perfecto extendiéndose por cada lado la profundidad del crucero, que es el que forma la disposición de la iglesia, diez y ocho pies, con que todo éste pared a pared, se mide con sesenta, que es lo que debidamente necesario para su cabal desahogo.¹⁸

¹⁷ *Ibid.*, p. 10.

¹⁸ *Ibid.*, p. 39.

Y destaca también el estilo barroco que tiene la iglesia. Es un estilo lleno de detalles clásicos y europeos.

Para los eventos que se celebraron posteriormente al levantamiento del Templo, Sigüenza antepone como siempre sus deseos de que la gente entienda el porqué de las descripciones magnánimas sobre la construcción del Templo. Y así, metafóricamente crea un espacio idílico sobre el Templo, el pueblo y la tierra que, en una hermosa prosopopeya, se estremeció al ver el Templo levantado: “no sólo la tierra se conmovió a regocijos, sino que los collados y los montes como cordilleras traviesos se inquietaron a saltos, que manifestaban su júbilo”.¹⁹

Después viene un largo discurso, antes de pasar a la descripción de la mascarada que se realizó en honor a la virgen. Primero, Sigüenza advierte que, pese a que la gente caiga en la incredulidad al escuchar un discurso fantástico sobre las cosas que sucedieron en el evento, cree que el pueblo quizá entienda el motivo de

realizar este tipo de tributo a la guadalupana, además de que el pueblo se haya juntado en honor a la Virgen, sea motivo de fiesta. Luego se lanzará de lleno a la narración de la mascarada. Aquí Sigüenza describe diversos tipos de carros

¹⁹ *Ibid.*, p. 30.

alegóricos, una procesión con danzas, música, vestimentas de gala y el desfile de varias cofradías en el que convivirán las castas.

Aun sin mezclarse, las castas salieron a desfilas por las calles a festejar el levantamiento del Templo, esto muestra que la religión había absorbido a todas las clases sociales y que la Virgen de Guadalupe había logrado juntarlos.

I. 3 . 1.- Concurso de poetas: Sigüenza resulta premiado, con un poema a la Virgen:

Durante los festejos a la Virgen en Querétaro, se realiza un concurso de poesía, donde varios personajes enviaron ante el jurado sus poemas. Uno de los participantes era nada menos que Sigüenza, su poema resulta uno de los mejores y se le premiará como tal, además de que el virrey le mandó un recado donde decía que sería su poema motivo de honor hacia la Virgen, Sigüenza sin duda se mostrará conmovido con tremendo ofrecimiento.

El día en que se celebró la premiación, Sigüenza nos describe que se levantó un teatro donde se galardonaría a los ganadores, destacando entre los adornos a nueve niñas disfrazadas como las nueve musas de la mitología griega, cada una portando el instrumento que le correspondía.

Posteriormente el autor nos dará una explicación breve del porqué y el tema que escogió para el tributo a la Virgen:

El tema fue apuntar en una canción arbitraria no sólo su estructura, sino lo mucho que aquel nuevo Templo de la Santísima Virgen de Guadalupe y su Venerable Congregación Eclesiástica debe a la benéfica paternal influencia del Ilustrísimo, Reverendísimo y Excelentísimo Señor Arzobispo de México, Virrey de la Nueva España M. D. Fr. Payo de Ribera Enríquez, y aunque bastantemente lo tengo especificado en lo antecedente no quiero que se le niegue a la canción la publicidad de la luz, supuesto que lo pierde por la humildad de su estilo lo recompensa en la excelstitud augustísima de su objeto. A que más dignamente se debieran consagrar cuantos gloriosos panegíricos dicta Apolo en cultos episodios, para que promoviera a la inmortalidad las acciones plausibles de su religioso gobierno.²⁰

La Canción de *Las Glorias de Querétaro* consta de quince estrofas donde se explica la erección del Templo, así como varios detalles sobre él.

Para comenzar, veamos la idea criollista al principio de la canción, en los versos: “Sin mendigar a Europa perfecciones, /ni recelar del tiempo algún desaire,/yace un galante templo”. El autor hace ver que México y el templo erigido tienen sus propias raíces, no hay necesidad de pedirle a Europa, en especial se refiere a Grecia, algo que ya se tiene. México es un país ya independiente, si de religión se trata, el Templo es puramente mexicano. Existe pues un gran énfasis hacia el nacionalismo mexicano como vemos en la estrofa XIII: “Este pues, cuyo Imperio,/del monarca español substituido/ ya admitido”.

²⁰ *Ibid.*, p. 64.

Alrededor de las primeras estrofas, vemos que el Templo está muy cerca de la perfección, su estructura es hermosa: “Su estructura excelente/ informada con mórbida blandura”. Y vemos cómo se menciona a los templos de la India en la frase: “Bárbaro adula el oriental Bengala”, con ello el Templo será motivo de adulación y envidia por parte de otros pueblos.

El campo semántico de la luz es muy importante. La luz entra por cualquier parte del Templo y lo llena de hermosura: “Es bella emulación de la luz pura/ Augusta envidia del ardor fulgente”. Aquí se refiere a que el mismo sol tiene envidia de tan hermosa luz artificial que representa el Templo. Y aún antes de que la luz del día llegue, el alma del Templo deslumbra al cielo y llega pues la luz de la aurora: “Y aún antes que a los montes/ del sol saluden los templadores rayos/ alma luciente de purpúreos mayos,/ siendo atalaya de esos horizontes,/ merecen sus alturas”. Y a su vez el sol como elemento del poema, califica al Templo, lo alumbra, lo cuida, lo envidia y lo acompaña.

Otro campo semántico es el del aire o el viento. Éste sirve de entrada al Templo, es quien le ofrece las nubes para que llegue el Templo a la gloria. En el viento: “Yace un galante Templo”, dentro de las nubes se erige el recinto. Y sin osadía la noche espera poder bajar las mismas estrellas que den luz a la ermita. El templo está a la par del cielo, camina con él. Los primeros rayos

del sol, le dan al Templo un matiz como si fuera el mismo sol el que se postra en él. La entrada al templo se describe a través de prosopopeyas: “De su canoro labio”, en donde labio significa la entrada al templo; los “peñascos broncos” ejemplifican a la fachada de la Iglesia, se abren las puertas de ésta: “caducos troncos”. Y a su vez el poeta percibe el trinar de las aves: “Estas voces, que pueden por süaves/ aumentar del abril las mudas aves”.

En la estrofa octava se nota claramente el mensaje que envía el poeta, éste es que el Templo se le dedica a la madre de los mexicanos, la Virgen: “Se te consagra casa peregrina”, donde todo es armonía, donde el lujo es poco para ella, porque merece más que lujos, amor y respeto del pueblo que la venera.

Vemos que en la estrofa décima hay una descripción acerca de la mezcla de culturas, tanto griega como mexicana, y la imagen de la Virgen toma fuerza. Varios personajes hacen aparición: “Amaltea ministra los aromas”, recordemos que este personaje era una cabra que en la mitología griega amamantó a Júpiter.

Pero se hace un énfasis en que: “Como reina de Flora/, donde en dudosa aurora/ de la rosa y clavel el humor frío/ se refina en carmín siendo rocío”. Vemos que Flora en la mitología era la diosa de las flores, ésta llenará de

flores el Templo de Guadalupe y como el rocío del agua caerán pétalos alrededor de él. Ahora bien, Sigüenza alude a que a este recinto se le debe respeto y gloria eterna, porque es el hogar donde “ a quien ese cariño ejecutoria/ con tanta rectitud, con virtud tanta, / que es debido que sea/ de la Olímpica Astrea/ gloriosa sucesión, cuando el cielo, / político es equívoco su celo”. El Templo es digno sucesor de Astrea, quien en la mitología grecorromana era la representación de la justicia. Ella gobernará alrededor y dentro del templo. A su vez, Minerva o Palas, que era la Diosa de las Ciencias, las Artes y la Guerra, gobernará el Templo y lo dirigirá con amor hacia la gloria.

Otro nombre que aparece es el del virrey D. Fr. Payo de Ribera, a él se le dedican unas estrofas: “A mercedes gloriosas/ De Don Fray Payo de Ribera/ goza los complementos que no viera/ en carreras de siglos numerosas/ sirviendo su influencia/ de diaria asistencia/ por quien blasona aquesta casa santa/ de tanta perfección, de pompa vana”. De no haber sido por su aprobación y por sus influencias para que se construyera el Templo, no se vería tanta galanura, perfección y paz. Gracias a él, María Santísima tendrá un lugar donde reposar, donde la gente le rinda culto y se le eleve al cielo infinito.

Luego se agradece al final a todos aquellos que hicieron posible la erección del Templo, así como la gloria infinita que hizo posible que el recinto se levantara.

Hay demasiados epítetos que describen el templo: “nobles suspensiones/, mórbida blandura/, ardor fulgente/, ardiente topacio/, volante nube/, templadores rayos/, peñascos broncos/, caducos troncos/, eclíptica luciente/, pompa vana”, así como varias prosopopeyas que le dan vida al aire, a la luz y al sol, se le cataloga como una piedra amarilla por su luz, en este caso se le dice Topacio. Así como el templo merece ir a la par de las nubes, está elevado como el cielo, donde reposa la Virgen.

Como durante la época de Sigüenza estaba de moda emplear los versos gongorinos, el autor utiliza un estilo parecido al de su tío Luis de Góngora, pero, como dicen Leonard, Octavio Paz y otros críticos, a la poesía de Sigüenza le falta mucho para conseguir ser como la de Luis de Góngora, sin embargo su esfuerzo es válido. “El propósito era la adulación y la glorificación del tema, lo que se pretendió lograr mediante concepciones ingeniosas, malabarismo atrevido de frases y artificio excesivo, además de una pedante exhibición de conocimientos clásicos y escolásticos”.²¹ Pero lo

²¹ Irving A. Leonard, *op.cit.*, p. 201.

rescatable de todo este poema es la clara visión que tenía el autor del pleno nacionalismo mexicano: “Es evidente que la fuerte religiosidad, junto con la exaltación de lo propio, constituye una componente esencial del nacionalismo criollo”.²²

Frente a la necesidad de crear un nacionalismo, México no tiene otra opción más que buscar sus propias imágenes, sus propios santos. Ya que los criollos se sentían tan inferiores a los españoles, con el nacimiento del culto guadalupano encuentran una especie de “alivio” porque ya tienen sus propias creencias y precisamente, Sigüenza trata de que México sea una nación independiente del pensamiento europeo: “El criollo Sigüenza busca insertar a México en la cultura occidental también a través de la vía religiosa, ya que la luz del evangelio ha arrancado al natural de la barbaridad y la fe nacional ha sido confirmada en el guadalupanismo”.²³

Y es precisamente gracias a la Virgen como Sigüenza defiende la condición de los criollos como hijos de México y que además tienen su propia cultura religiosa.

I. 4.- Características criollistas en el texto.

²² Antonio Lorente Medina, *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*, FCE, México, 1996, p. 202.

²³ Laura Benítez Grobet, *La idea de historia en Carlos de Sigüenza y Góngora*, UNAM-FFL, México, 1982, p. 137.

En las *Glorias de Querétaro* notaremos una visión criollista plena de conocimiento por parte del autor, además de que su visión como criollo era diferente a la que se verá posteriormente en otros textos.

El autor se basó más que nada en la exaltación hacia la Congregación de María Santísima, uno de los pilares de la ciudad de Querétaro. Pero lo principal es que el sentido de la religión en Sigüenza es el de la fusión de las culturas. Por una parte, la cultura española trajo consigo nuevas tradiciones religiosas, como la Santa Cruz y la Virgen, entre otras.

Sin embargo, en México se tenían otro tipo de creencias. Como se dijo anteriormente, el politeísmo fue suplantado por un monoteísmo, en este caso, el Cristianismo como nueva religión de México.

Para el tiempo en el que Sigüenza escribió su texto, ya había quedado sepultada la religión prehispánica y Sigüenza lo que hace es rescatar algunas características de ella y las describe, al igual que las de la religión cristiana. Es en esta obra en donde la visión de un criollo como Sigüenza varía: por una parte exalta la religión cristiana y por otra, la visión que tiene de los indios es de cierta compasión hacia ellos, debido a que ellos no tenían la educación ni los conocimientos para entender totalmente lo que significaban las fiestas religiosas en honor a la virgen de Guadalupe, aunque de cierta manera, los

indios celebraban a su modo a la virgen y le rendían culto a su manera, y esto es lo que Sigüenza observa durante la redacción de su obra. Sin embargo, como criollo, su visión es de respeto y de conocimiento hacia la virgen y su recinto. Sigüenza realiza un extenso preludeo acerca de las tradiciones y orígenes de la ciudad de Querétaro, además de hacer alarde de sus conocimientos astrológicos y climatológicos de criollo bien instruido y todo ello por la necesidad de exaltar a su nueva patria, de la que ni los indios ni los españoles son poseedores. Según su pensamiento, los verdaderos poseedores de Nueva España son los criollos. Cree que por derecho la tierra les pertenece. Por ende, ellos tienen los derechos para gobernar, ilustrar y sobre todo, celebrar sus creencias religiosas, que no son más que una suplantación de la religión cristiana europea, ahora fusionada con la religión prehispánica.

I.4.1.- Su visión del indio ante la construcción del Templo:

A partir de que se construyó el Templo en Querétaro se celebraron un sin fin de fiestas religiosas en honor a la Virgen de Guadalupe.

Quizá la fiesta más significativa en este ámbito fue la denominada *máscara o mascarada*, que para muchos críticos es una de las fiestas más importantes en la Nueva España.

La máscara consistía básicamente en procesiones, cantos y rezos en honor a la Virgen. Estas procesiones se hacían por toda la ciudad. Lo que destaca es que en las máscaras se usaban precisamente máscaras de personajes religiosos o guerreros. En el texto, el día escogido para dicha celebración fue el domingo, un día donde se celebraban los rezos a la Guadalupana. Primeramente, se ofició la misa en el Templo y después se realizó la procesión alrededor de la tarde.

Aquí Sigüenza hace alusión a un grupo de indios que salieron mal vestidos, greñudos y mal organizados para venerar a la Guadalupana. Ellos al querer participar en el evento no se percataron de que con esos “harapos” causaban el horror y la burla de la gente que los miraba. El autor con este acontecimiento siente una profunda tristeza y a la vez vergüenza de los actos que hicieron los indios:

A las tres de la tarde comenzó a manifestarse por la publicidad de las calles divididas en cuatro trozos, de los cuales el primero, no tuvo cosa especial que mereciese alabanza, por haber sido una desordenada confusión de montaraces chichimecos, que sin otra ropa que la que permitió la decencia y sin más adorno, que los colores terrizos con que se embijan los cuerpos, afeadas las desgreñadas cabezas con descompuestas soeces plumas, y casi remedo de sátiros, fingidos, o de los soñados vestiglos horrorizaban a todos con algarazas y

estruendos, mientras jugando de los arcos, de las macanas, daban motivo de espanto con el bárbaro espécimen de sus irregulares y temerosas peleas.²⁴

En contraste sale un grupo de españoles a escena. A diferencia de los indios, ellos llevaban buena organización, buenas ropas y en todo opacaban a la comparsa de indios:

Mas aplausos consiguió una compañía de infantería, con que se principiaba la máscara; componíase de ciento y ocho mancebos, a seis por fila, no habiendo entre todos quien no adornase su persona con exquisitas galas a la española, siendo matizado entretenimiento de aire las bandas volantes, que de los sombreros se adornaron y ennoblecieron. Pero nada de esto me confundió como el ver, que sin más prácticas que el cuidado en que tal vez atendieron las marchas o en conductas de gente, o en regocijos y fiestas, dispusieron la suya con orden tan admirable, que ni en el compás de los movimientos ni en la igualdad de las filas, ni en la gala de disparar, ni en la presteza de las cargas ni en el concierto de escuadronarse y salir, les hicieran muy conocidas ventajas los veteranos; de donde puede inferirse, no ser incapaces de disciplina, si acaso fuera necesario introducirlos en los marciales estudios.²⁵

Posteriormente Sigüenza narra cómo los indios se valieron de sus raíces prehispánicas para realizar una procesión en uno de los carros alegóricos donde se mostraba lo dicho. Aquí Sigüenza sentirá cierta admiración por este carro, que, a diferencia del carro indígena anterior, éstos sí se organizaron:

Y claro está, que fuera monstruosidad censurable el que para manifestar su regocijo los indios, se valiesen de extrañas ideas, cuando en la de sus Emperadores y Reyes, les sobró asunto para el lucimiento, y la gala la que todos vestían era la antigua, que en las pinturas se

²⁴ Carlos de Sigüenza y Góngora, *op. cit.*, p. 50.

²⁵ *Ibid.*, p. 50.

manifiesta, y que en la memoria se perpetúa, siendo todos tan uniforme el traje, como rica y galante la contextura de sus extraordinarios adornos.²⁶

Y quizá lo que más le admira a Sigüenza es el provecho que supieron sacarle a las deidades antiguas de México, así como a los antiguos gobernantes de Tenochtitlán, entre ellos: Xolotl (emperador chichimeca), Ixtlixóchitl (también chichimeca), Tezozomoc y Maxtla, el cuarto rey Itzcóatl, y posteriormente, Motecuhzoma Ilhuicamina, Axayacatzin y Motecuhzoma Ilhuitzotl. Sin dejar en el olvido a los tres primeros gobernantes mexicanos: Acamapichtli, Huitzilihuitl y Chimalpopoca. Todos ellos representados dignamente por indios. Además de que se utilizaron piedras preciosas e incrustaciones de oro. Pero lo más importante de esto es que al final del carro existía una imagen representando al Emperador Carlos V, quien traía indumentarias de oro y piedras preciosas.

Después surge en escena un carro alegórico que traía la imagen de la Virgen de Guadalupe, lleno de ángeles y figuras celestiales, donde lo que predominaba era una niña vestida indianamente y con un corazón representando la universalidad de la religión y la unidad entre las culturas. Al

²⁶ *Ibid.*, p. 51.

final de la máscara surge otro carro donde se presentaban danzas indígenas en honor a la Virgen, así como cantos gloriosos para ella.

A pesar de que algunos indios se espantaban al oír el ruido de los cañones y escopetas lanzando al cielo disparos, la máscara fue exitosa y acabó alrededor de la noche.

Con toda esta descripción, Sigüenza nos hace ver que no hay un choque de culturas, sino por el contrario existe un encuentro y, hasta cierto grado, una fusión, porque en este tipo de celebraciones religiosas no había distinción de razas, sino más bien un “enlace” entre ellas por adorar a la Virgen, símbolo importante de la nueva religión mexicana. Y lo más importante era que el Clero supo aprovecharse muy bien de la creencia generalizada por la Virgen, tal como lo dice Irving A. Leonard: “La Iglesia cuya influencia selló tan profundamente cada fase de la existencia social y cultural, no dejó de observar esta pasión generalizada por el fausto, y la utilizó astutamente en beneficio propio, mediante patrocinios de procesiones en las que se mostraban con todo el esplendor del que se podía disponer, imágenes ricamente vestidas y los símbolos de fe”.²⁷

Y como la Iglesia instauró la nueva religión en Nueva España, la gente creía ciegamente en que las procesiones eran actos de fe, y al contrario,

²⁷ Irving A. Leonard, *op. cit.*, p. 175.

muchas veces las procesiones servían para observar cómo los habitantes aceptaban la religión cristiana, y lo que Sigüenza describe aquí es que a pesar de ello, los indios seguían conservando sus raíces autóctonas, sus creencias pasadas.

Las máscaras en sí representaban pasajes bíblicos, mitológicos o religiosos que a la gente sin conocimientos les instruía acerca del origen del mundo y de la religión que deberían profesar: “Para el público iletrado la mascarada era como una revista viva que presentaba las cosas reales o imaginarias; que instruía, divertía, entretenía, y a menudo daba expresión a sus estados de ánimo, a su reverencia y su resentimiento”.²⁸

Pero lo que hay que resaltar de todo esto es que en las máscaras se juntaban todas las castas, no importaba mucho la clase social, salvo en las organizaciones de los carros alegóricos. Sí participaban todas las castas, pero no se mezclaban entre sí. Mientras los españoles se preocupaban por lucir sus mejores indumentarias y salían presumiendo sus habilidades ecuestres, los indios, por su lado, tenían éxito mostrando sus antiguas raíces aunque algunos eran demasiado humildes y caían en ridiculeces. Sin embargo, el objetivo era el mismo, aún cuando las rivalidades eran muy intensas entre españoles e indios, Sigüenza hace notar que el objetivo de adorar a la Virgen era el

²⁸ *Ibid.*, p. 177.

mismo, no importa aquí la raza social sino que la fusión de culturas trajo consigo una nueva deidad: la Virgen de Guadalupe, y por tanto, el culto y el respeto hacia ella era el mismo, aun si se mostraran creencias prehispánicas o símbolos cristianos, en este caso no existe rivalidad, porque la Virgen es una sola para todos.

CAPÍTULO II

TEATRO DE VIRTUDES POLÍTICAS

II . – Orígenes del texto de Sigüenza:

Transcurría el año de 1680. Don Fray Payo Enríquez de Ribera terminaba su cargo como virrey. En España se había escogido ya un nuevo gobernante, se trataba del Marqués de la Laguna y su célebre esposa la Condesa de Paredes.

El ritual por el que tenía que pasar el virrey entrante era un poco complejo. Por una parte llegaba al puerto de Veracruz y ahí era recibido por autoridades clericales y políticas, a su vez le entregaban simbólicamente las llaves de la ciudad y su peregrinar continuaba hacia la ciudad de Tlaxcala. En esa ciudad se realizaba una entrada triunfal del nuevo virrey, así mismo se realizaba una serie de festividades en las que, en su mayoría, participaban indígenas. Posteriormente, se quedaba ahí toda la caravana virreinal tres días, en los cuales seguían las festividades de recibimiento. Luego venía el peregrinaje a través del territorio hasta llegar a Otumba donde se encontraba el virrey saliente, quien entregaba el bastón de mando al nuevo virrey y así se trasladaba a la ciudad de Cholula, Puebla, donde las festividades eran de origen religioso, ya que Cholula era una conexión directa a la Villa de Guadalupe y a su vez estas festividades representaban la unión entre España y el gobierno virreinal de México, tal como dice Octavio Paz: “Las festividades constituían una liturgia política. Su función era doble: por una parte, eran una reiteración ritual de los vínculos que unían al rey con sus súbditos de Nueva España, por la otra, en esos actos las dos naciones que,

según una ficción jurídica, componían el reino: la nación española y la india, se mezclaban en un todo unitario”.²⁹

Ya que se celebraban en Cholula las festividades, el fin del peregrinaje virreinal concluía en que el virrey llegaba a Chapultepec, donde pasaba la noche y posteriormente venía lo que quizá era más emblemático en la llegada de un nuevo virrey, su visita a la Villa de Guadalupe, lugar donde se rendía culto a la ya “patrona” de indios y criollos, la Virgen de Guadalupe: “La visita del nuevo virrey a Guadalupe revestía especial significación: comenzar su gobierno bajo la advocación de la Virgen era un gesto de religiosidad y tacto político que satisfacía a la poderosa facción criolla, que concretaba sus ideales patrióticos en su ferviente guadalupanismo”.³⁰

Pero ahí no terminaban las festividades. Para su entrada en la ciudad de México, era necesaria una serie de rituales o festividades que atraían a todos los sectores de la población. Lo que hay que resaltar aquí es la entrada del virrey a la capital, que significaba un triunfo para él y para la Corona Española. Era

²⁹ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, 15ª. ed., Seix Barral, col. Biblioteca Breve, Barcelona, 1982, p. 195.

³⁰ Antonio Lorente Medina, *op. cit.*, p. 12.

un momento de suma alegría e importancia. Y esto viene desde tiempos de la Edad Media, cuando los habitantes recibían con honores y celebraban con alegría la entrada de su gobernante.

Por este motivo, se fue heredando la tradición y aunque, por ejemplo, en Roma se acostumbraba hacer esa festividad como si fuera la entrada de un nuevo estado, con el tiempo y hablando del barroco en sí, vemos que la tradición fue cambiando. Ahora se agregaban danzas, rituales, mascaradas, etc.

Y lo importante era la erección de arcos triunfales, que eran verdaderas construcciones llenas de misterio; y si en un principio la entrada significó un ritual político, ahora se había convertido en una representación alegórica hacia el virrey: “Casi insensiblemente se pasó del desfile militar a la pantomima y de la procesión religiosa a la alegoría teatral”.³¹ Esta herencia viene desde tiempos borgoñeses, cuando en España se tenía la costumbre de erigir arcos que se dedicaran a alabar la entrada de un nuevo gobernante.

Con el tiempo esta herencia llegó a Nueva España, pero ahora cargada de matices barrocos y llenos de danzas y pantomimas representando la llegada del virrey. Sin embargo, la erección de un arco era bastante

³¹ Octavio Paz, *op. cit.*, p. 198.

complicada y en Nueva España se colocaban inscripciones con las virtudes que debería de tener el virrey, además de estampas con personajes de la literatura clásica y dioses grecorromanos que, a su vez, traían ciertas complicaciones para quien los escribía y para que el gobierno entrante lo entendiera. Se habían convertido en algo pesado y de difícil lectura: “Repletos de mensajes simbólicos, procedentes de la literatura emblemática, los arcos triunfales se convirtieron en el mejor manifiesto del parangón entre los príncipes europeos y los héroes de la Antigüedad y en el soporte de un discurso apologético, claramente vinculado a su ideología política”.³²

El fin del arco era simple: alabar y exaltar la figura del virrey entrante. Y para 1680 la confección de dichos arcos corrió a cargo de las dos principales figuras barrocas mexicanas, Sor Juana Inés y Carlos de Sigüenza. El primer arco corría a cargo de la Catedral Metropolitana, el segundo a cargo del Cabildo de la Ciudad. Ambos autores tenían una gran responsabilidad, los arcos debían ser cargados de virtudes y alabanzas al nuevo virrey. Lo que resalta aquí es que cada uno de estos autores usaba diferentes recursos. Era costumbre que los arcos triunfales se basaran en características de dioses grecolatinos y si bien Sor Juana siguió esta línea,

³² Antonio Lorente Medina, *op. cit.*, p. 13.

Sigüenza recurre a otros dioses: los precolombinos. Este acontecimiento marcaría la carrera del autor y a su vez, causaría revuelo entre sus colegas (incluyendo a Sor Juana). Para el crítico Leonard, el patriotismo de Sigüenza se ve muy reflejado en esta obra. Afirma que cuando Sor Juana leyó el

trabajo de Sigüenza, coincidió en que el Dios Neptuno había sido el progenitor de la raza indígena. Y para Ramón Iglesia, lo que se ve marcado en Sigüenza es ya un principio de mexicanidad. Sin embargo lo rescatable aquí es que Sigüenza trató de hacer algo diferente, algo que innovara las creencias religiosas y que causara expectación, sobre todo, al virrey y también ésta fue una gran oportunidad tanto para Sigüenza como para Sor Juana, pues ambos buscarían aceptación entre la corte virreinal. Sigüenza sentía que no era necesario buscar entre la literatura clásica modelos para anteponerle virtudes al virrey cuando en la literatura azteca existían grandes dioses con grandes virtudes. Sin duda su marcado sentimiento criollo lo inclinaba a realizar de esa manera su arco triunfal. Así, manteniendo en la redacción del texto una actitud pasiva, conseguía causar expectación: “Su pacifismo es un reproche a la Europa guerrera y bárbara; los europeos se

obstinaban en llamar salvajes a los americanos y Sigüenza replica mostrando que la verdadera civilización es incompatible con la guerra”.³³

II. 2.- ANÁLISIS LITERARIO DE LA OBRA:

El texto de Sigüenza se divide en capítulos. Esto incluye 3 preludios donde el autor nos va introduciendo al estudio de las virtudes de los dioses prehispánicos.

La narración tiene siempre un tono heterodiegético, esto es, que Sigüenza sólo se limita a narrar los hechos y no participa en nada acerca de ellos, creándose así una distancia entre el lector y el autor.

La composición del texto podría dividirse de la siguiente manera: 1º: una narración acerca de los acontecimientos de la erección del arco (incluyéndose la llegada del virrey, encargo de la realización del arco), después se narran las dimensiones del arco y sus características. 2º: la

³³ Octavio Paz, *op. cit.*, p. 208.

narración acerca de las acciones de los doce gobernantes prehispánicos que utilizó el autor para plasmar las virtudes que debe tener el virrey entrante.

Así, antes de entrar al estudio de los preludios, existe un agradecimiento de parte del autor hacia el virrey entrante. Este agradecimiento consiste en alabar su presencia en México, aparte de darle a entender que, gracias a su nombramiento, los dioses y las costumbres prehispánicas salen a flote y dejan un legado histórico a todos aquellos que vean la confección del arco triunfal para celebrar su llegada.

Los **preludios** son la antesala para entender lo restante del texto que Sigüenza dividió en capítulos de corta extensión donde explica las virtudes de cada uno de los dioses aztecas que escogió.

“Levantar memorias eternas a la heroicidad de los príncipes, más ha sido consecuencia de la gratitud que los inferiores les deben, que a un desempeño de la veneración que su reverencia nos pide”.³⁴ Con esta frase inicia el autor su texto.

³⁴ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Seis obras. Infortunios de Alonso Ramírez, Trofeo de la Justicia Española, Alboroto y Motín, Mercurio Volante, Teatro de Virtudes Políticas, Libra Astronómica y Filosófica.*, pról. por Irving A. Leonard, ed, notas y cronología de William G. Bryant, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984, p. 169.

Desde el inicio vemos cómo Sigüenza enaltece la imagen del virrey ante los lectores, su llegada es causa de reverencia ante la gente y lo que se puede esperar del nuevo virrey es que su gobierno esté lleno de gloria.

Para Sigüenza, el virrey es una figura superior a los demás que están cerca de él. Las causas por las cuales se eleva el Arco Triunfal, son, entre muchas más, aludir o colocar al nuevo virrey como una especie de Dios sobre sus súbditos.

La ciudad tendrá que recibir a un nuevo monarca que teniendo puras virtudes y uno que otro defecto será quien –según el autor- lleve a la gloria a su pueblo: “Arco triunfal era memoria del triunfo, como éste iliación que se dedujo de las invasiones sangrientas de las batallas, pues nunca se erigió a aquél a quien por lo menos no hubiese despojado de vida a cinco mil enemigos”.³⁵ Sigüenza explica que, desde tiempos romanos, era costumbre levantar un arco triunfal en honor al gobierno, y que, a diferencia de ahora, que se acostumbraba levantarlos para recibir a un nuevo gobierno, en Roma era costumbre levantarlos después de una guerra para alabar al gobernante que había triunfado sobre el enemigo. De ahí que Sigüenza cite de otro autor

³⁵ *Ibid.*, p. 170.

que es indigno cortejar a un príncipe con sátiras, sino elevarlo con virtudes y aprecio.

También menciona que cuando el gobernante tenga que cederle el poder a otro, éste verá como en un espejo al anterior y las virtudes del antiguo gobernante, le servirán de ejemplo al entrante para seguir con la línea de triunfos y glorias. Y a su vez, Sigüenza aclara que cuando pisen por primera vez la ciudad y el nuevo virrey entre a las puertas de su palacio, verá cuánta es la gloria que se le atribuye y a la vez la esperanza que el pueblo tiene en él.

“¿No seguiré las huellas de mis antecesores? Yo en verdad utilizaré los caminos antiguos, pero si encuentro uno más apropiado y más fácil lo seguiré”.³⁶

Con esta frase de Séneca, Sigüenza pretende explicar el porqué escogió el camino de los dioses aztecas y no grecolatinos. Y aunque el camino no es fácil,

traerá nuevos matices a la erección del Arco en honor al virrey, a su vez el gobernante, siendo un hijo mortal traído por Dios a la tierra, es justificable

³⁶ *Ibid.*, p. 172.

utilizar recursos de otras culturas y otros dioses que no sean europeos y así se basa en una cita de San Agustín: “No trates de buscar dioses falsos y mentirosos a éstos, más bien recházalos y desprécialos”.³⁷ Con esto Sigüenza piensa que la verdad no es nada más basándose en dioses griegos, sino que la verdad también existe en América, en los dioses que cuidaron a los pueblos prehispánicos. A su vez, el autor cree que es falso y de poca ética que un escritor despreocie sus raíces para encontrar en otras culturas, maneras de alabar a su gobernante. Y con ello aclara Sigüenza que un verdadero gobernante es aquel que se enorgullece de su patria o, a su vez, el que estando en una patria ajena ésta sea respetada y que toda acción que realice sea en beneficio de la patria que gobierna.

Y es por este amor a la patria por lo que Sigüenza recurre a otros elementos diferentes a los que siempre habían seguido otros autores, hasta la misma Sor Juana.

También aclara que no existe obra sin errores, en caso de haberla no habría juez que calificara dicho trabajo, no sería objeto de correcciones. Y Sigüenza, previniendo ataques posteriores por parte de sus colegas, escribe esta justificación. Por último aclara que de ningún modo el virrey será

³⁷ *Ibid.*, p. 173.

objeto de injurias por parte de gente que no tenga pruebas para sostener dichas reclamaciones. En todo caso de que se levanten injurias, la ley se hará efectiva ante ellos.

Posteriormente, Sigüenza explica con detalle acerca de la construcción de la portada triunfal y, como se ha dicho anteriormente, el autor posee conocimientos matemáticos y describe tal cual, las medidas que debe tener dicho arco:

Elevóse por noventa pies geométricos su eminencia, y se extendió por cincuenta su latitud, y por doce su macizo, de fachada a fachada, constando de tres cuerpos, sin las acrosterías y remates que se movieron sobre diez y seis pedestales y otras tantas columnas de jaspe, revestidos los tercios de hojas de parra con bases y capiteles de bronce, como también la cornisa con arquitrabe, tocadura, molduras y canecillos de lo mismo, sin que al friso le faltasen triglifos, metopas, modillones y cuantos otros ornamentos son segundo con la variedad concertada que a lo compósito se permite excediendo al cuerpo primero con singulares primores, como también a éste el tercero que se formó de hermatenas áticas y bichas pérsicas, aliñadas con cornucopias y volantes.³⁸

El Arco se levantaría por toda la plaza de Santo Domingo, lugar que se le destinó a Sigüenza para alabar al Marqués de la Laguna. Este Arco debería llevar varios jeroglíficos que explicarían la llegada del virrey, a su vez en las entrecalles de la plaza se levantarían doce tableros que progresivamente explicarían la dedicatoria a la entrada del Marqués, con

³⁸ *Ibid.*, p. 185.

virtudes de doce gobernantes aztecas. Pero en esas inscripciones, Sigüenza le pide al virrey que

ante todo no se le olvide que es un hombre, y que con todo y sus virtudes, sigue siendo un hombre. También menciona que un gobierno que viene a levantar a un pueblo de entre los tumultos que ha sufrido será causa de que llegue a un éxito infinito si se sabe llevar con prudencia, así menciona a Cuauhtémoc que de entre los antiguos gobernantes destacó por haber guiado bien a su pueblo y defendiendo de la invasión española, muriendo por su patria.

Advierte que el virrey aun teniendo riquezas y poder tiene que seguir firme con su gobierno, un reinado recto, sin injurias y sobre todo de paz y prudencia.

En las puertas irán varias inscripciones que advierten que siempre triunfe el virrey y su gobierno sea excelso. Sin embargo, una frase en latín que es importante mencionar llevará escrito el mensaje principal hacia el virrey: UT OMNIA, ET SINGULA/ AEQUUS, ET BONUS CONSULTA POPULO, que significa: Para que, justo y bueno, consulte al pueblo todos y cada uno de los asuntos.

Otro elemento importante es la continua comparación que hace Sigüenza del virrey y otros pasados con el Sol. Él lo denomina clásicamente, Febo. Basándose principalmente en Virgilio, el autor asegura que un virrey y el sol son uno solo. El mismo sol es quien guiará al virrey a la gloria, lo bajará de entre el cielo a la tierra y vendrá a proteger su patria: “¡Astros, émulos de la luz febea, apresuraos!/¡Y ensoberbecos con vuestras lúcidas cabelleras!/El nuevo mundo espera los rayos de vuestra cabellera de oro./Allí donde el sol poniente sumerge sus cansados caballos/ el amor, compañero de los príncipes, abre ya sus puertas. / ¡Feliz presagio, cuando el amor obliga a abrir!”.³⁹

Y sin olvidarse de la esposa del Marqués, la Condesa de Paredes, ésta será comparada con Venus, la Diosa del amor. Transformada en lo que Sigüenza llama “Atlante de la hermosura”, baja también de las nubes y se postra ante la figura del sol, su esposo, y ella representa además las perfecciones humanas, la belleza femenina y ésta será la imagen más bella del Arco. De la misma forma, bajarán los esposos del brazo de un Dios omnipotente, el cual les dará la misión de guiar al pueblo. Y la tierra se estremecerá al ver que del cielo han bajado y que ya no pertenecerán al

³⁹ *Ibid.*, p. 191.

reino de los cielos, sino que serán parte del pueblo, parte de una laguna que según Sigüenza viene desde el mismo cielo a establecerse a la tierra, refiriéndose a la laguna en la cual se construyó Tenochtitlan. Y ese será su nuevo hogar.

Un elemento que resalta en el prelude II es la explicación que da Sigüenza acerca de utilizar a Pegaso a modo de jeroglífico para publicarlo en sus obras. El pegaso significaba conocimiento y quizá éste fue un elemento importante para el autor, ya que ello implicaba que sus obras serían reconocidas con este símbolo.

Uno de los temas que es importante mencionar es el significado que Sigüenza le da al Dios Neptuno en el Preludio III como progenitor de los americanos. El mismo significado le dio Sor Juana en su *Neptuno alegórico*. Lo cierto aquí es que ambos autores tenían que sacar gala de todos sus conocimientos al haberles encargado la tarea de escribir los Arcos Triunfales y lo cierto también es que los dos buscaban el mismo interés: entablar relaciones con la nueva corte del virrey.

Sin embargo, Sor Juana sigue la tradición de poner virtudes al virrey de antiguos dioses clásicos, debido a que, según ella, eran dioses con verdadero

valor. Pero lo que hay que reconocer de Sigüenza es su aventurada proyección de los dioses prehispánicos.

Para Sigüenza, Neptuno era el padre de los occidentales. No era un dios que saliera de la nada, era el hijo nada menos que de Misraím y bisnieto de Noé, los cuales eran personajes bíblicos. Y estas explicaciones bíblicas iban acorde con las costumbres de la época en la que vivía Sigüenza, aún así tuvo que haberse basado en otras obras como la *Monarquía Indiana* de Torquemada, entre otras. Mientras Sor Juana se limitaba a escribir y anteponerle virtudes del dios Neptuno al virrey entrante, Sigüenza lo utilizó como un elemento más del relato, pero agregándole virtudes bíblicas. Lo importante aquí es que Sor Juana se mantuvo al margen en cuanto a ideología política, ella estaba a la par de las ideas españolas; sin embargo, Sigüenza causó revuelo con su Arco Triunfal, al oponerse, primeramente, a ponerle virtudes al virrey de dioses clásicos y segundo, a apuntar que España y su nuevo virrey sólo vendrán a gobernar una patria ajena a ellos, que simplemente queda bajo su tutela.

La fuente en que Sigüenza se basa para aclarar que Neptuno era hijo de Misraím era que en el *Génesis* se mencionaba que Misraím había engendrado a Ludim, Anamin, Labim y Neftuim. Siguiendo las vocales y

sílabas, Sigüenza apunta a que el nombre de Neftuim, era una variable de Neptuno.

Posteriormente, Neptuno es destacado porque era el dios del mar para los griegos. Según el autor, el mismo Homero en su *Ilíada* aclara que Neptuno tenía la capacidad de mover cualquier cosa. Para Sigüenza esto significó que Neptuno movió los mares y la tierra y, siendo hijo de Misraím, procreó una nueva raza, la occidental. Sin embargo, otro elemento que resalta en Sigüenza y Sor Juana es que afirman que Neptuno es hijo de Isis.

Pero no la Isis femenina egipcia sino que ambos apuntan a una masculinidad de tal diosa. Para los dos es quien engendró a Neptuno, porque, según ellos, Isis era la misma raíz de sabiduría que Misraím, por lo tanto el padre o progenitor de Neptuno era el mismo.

Basándose en otros autores como San Agustín, San Isidoro, Herodoto y Virgilio, asegura que Neptuno fue quien pobló a Libia y Cartago, ciudades de

África y, a su vez, Sigüenza dice que no habría entonces por qué dudar que Neptuno también fue padre de los indios occidentales. Sin duda quizá lo que

intentó hacer Sigüenza era crearle al mundo prehispánico un origen tan decente como el de los europeos. Lo que realizaron Sor Juana y Sigüenza fue crear un concepto universal para Neptuno. Ambos creían firmemente en que él fue quien creó varias comunidades en el mundo y lo más importante: Neptuno fue el dios del agua para los griegos, Sor Juana y Sigüenza aluden a que este dios movió la tierra y con ella el agua; y fue creando a varias comunidades, entre ellas, la occidental. Pero, a diferencia de Sor Juana, Sigüenza recurre al mito de la Atlántida, cuando afirma que de dicha isla partieron varios hacia otras tierras, y ahí se extendieron hasta Egipto y otras partes. Sigüenza aclara que Misraím, al ser jefe de Egipto y del cual nació Neptuno, quien gobernó la Atlántida, es posible que si de aquí salieron barcas a poblar otras tierras, ¿por qué no pensar que América y sus indios fueron hijos de Neptuno?.

Los capítulos 3 al 14 son pequeñas narraciones que Sigüenza hace acerca de los doce gobernantes aztecas que al principio del arco irían representados en doce medallones.

Los doce gobernantes escogidos tendrían una virtud en particular y cada una de estas virtudes las seguiría el virrey, para poder crear un gobierno estable y digno. El objetivo de Sigüenza al poner estos

gobernantes era claro: contagiar de cada una de estas doce virtudes al virrey entrante, mostrarle un ejemplo de cómo gobernar sin equivocaciones y emular las virtudes de estos doce gobernantes.

Así se van enumerando las virtudes de cada uno de ellos: de *Huitzilopochtli* adquiere la fuerza, el liderazgo y la templanza. Se le conoció como el hechicero, pero Sigüenza aclara que no por ser el hechicero se le estigmatizará como a un ser demoníaco, puesto que para los antiguos pueblos prehispánicos, el hechicero era un hombre admirable. De *Acamapichtli*, se obtiene la paciencia y la esperanza. Ya que fue el primer rey de los mexicanos, éste tiene méritos aparte de las virtudes antes mencionadas. La esperanza surge de que siendo el primer gobernante se tiene el anhelo de que guíe y defienda con valor al pueblo. A partir de aquí, Sigüenza antepondrá un pequeño verso acerca de los gobernantes explicando de manera poética cada una de sus virtudes. A *Acamapichtli* se le representaba con unas cañas, que le servirán al autor para compararlas con un cetro de rey. De *Huitzilihuitl* se debe tener la clemencia e imponer leyes nuevas: “No hay armas más poderosas para debelar la protervia humana que la clemencia, cuando asistida de la mansedumbre y el premio

introduce en los ánimos de los mortales lo que dictan las leyes para su útil”.⁴⁰

0

Y dado que el primer rey *Acamapich* no pudo gobernar como se esperaba, *Huitzilihuitl* supo manejar su gobierno con paz y dejó un legado con sus nuevas leyes. A este rey se le recordaba como un pájaro de rico plumaje. Por este motivo en el arco sería representado como una hermosa ave que emprende el vuelo. De *Chimalpopocatzin* se obtenía la veneración y el recato. El gobernante es solamente para el pueblo, y por ende tiene que sacrificarse por él, brindarle la protección que necesita. “Ni la república ni el reino son para el rey, sino que el rey, o cualquier otro magistrado es para el reino y la ciudad”.⁴¹ Y según la historia, *Chimalpopocatzin* perdió la vida al sacrificarse por su pueblo, sólo así se obtendría la paz y la tranquilidad. Por ende el virrey debe dejar sus conveniencias personales y sus lujos por su pueblo, e incluso aunque se exponga a la muerte misma, debe hacerlo por su gente. “ Porque una misma muerte nos concluya/ de ira y fuego en iguales desafíos/ yo derramo mi sangre, aquél la suya/ por sus hijos aquél, yo por los míos”.⁴² Este gobernante sería descrito como un pelícano que salva a sus polluelos de entre las llamas, ya que su nombre era traducido como “el

⁴⁰ *Ibid.*, p. 204.

⁴¹ *Ibid.*, p. 207.

⁴² *Ibid.*, p. 209.

que humea”. *Itzcóhuatl* que significaba la “serpiente de obsidiana”, era quien representaba la prudencia, que para Sigüenza era la más grande de las virtudes: “No hay virtud que más deba resplandecer en los príncipes que la prudencia”.⁴³

Y en caso de que ésta faltara por la causa que fuera, el gobierno se quiebra. Sería representado en su trono con una culebra al lado.

El sentido religioso lo lleva *Motecohzuma Ilhuicaminan*, ya que este gobernante mandó construir lugares de culto para adorar a sus dioses. El virrey debe seguir conservando la religión, a su vez debe tener la fortaleza para la lucha contra el enemigo. Por ello al rey prehispánico se le representaría como un guerrero lanzando una saeta al cielo en sentido de defensa. *Axayacatzin* también representaba la fortaleza. Su etimología significaba “el de la máscara con el signo de agua”. Si *Motecohzuma* había logrado la piedad y la fuerza para su pueblo, con *Axayacatzin* se logró mayor estabilidad. De *Tizoctzin*, sin embargo, se obtenía la paz, que sobre otros pueblos causaba discordia. Al virrey no le debería importar esto siempre y cuando la paz perdure lo más que se pueda, ya que esa paz sería causa de envidias. Por la historia se supo que *Tizoctzin* murió asesinado por

⁴³ *Ibid.*, p. 211.

ser pacífico, por ende, además de que el virrey sea pacífico debe tener el sentido de la guerra. Debe saber de armas y saber pelear.

Seguía *Ahuizotl*. El consejo o recomendaciones que reciba el virrey en su gobierno debe ser el más prudente para que no lleve a consecuencias graves, como en el caso de este jefe prehispánico, quien, mal aconsejado, mandó traer tanta agua a la ciudad de Tenochtitlan que casi mueren todos ahogados, él corrió con esa suerte y como su nombre lo indicaba, su fracaso era inminente. *Motecohzuma Xocoyotzin*, del que Sigüenza aclara que fue el mejor de los gobernantes en México, es el que supo de las carencias del pueblo y las cubrió. Supo comandar a sus tropas, supo guerrear y luchar por su pueblo. De ahí que Sigüenza advierta: “Sujeto dignamente merecedor de mejor fortuna que la que en su mayor soberanía lo despojó del imperio y lo privó de la vida es el que con lo heroica de sus virtudes conseguirá en esta empresa la perpetuidad de su agradable memoria, para que siempre se aplauda por la obligación en que todos se hallan de elogiar lo que de su naturaleza es glorioso”.⁴⁴ Por ello el virrey debe ser fuerte y tener amor para el pueblo, saber sus carencias y sus necesidades, controlar y a la vez sentirse amado por el pueblo. *Cuitlahuatzin*, hermano de Motecohzuma, era el que

⁴⁴ *Ibid.*, p. 224.

con la audacia y la razón por delante se enfrentó a las tropas de Cortés. El ser audaz debe ser otra virtud para el virrey.

Esa misma audacia le da la razón para saber qué hacer en casos de guerra y defensa del pueblo. Y al último el gran *Cuauhtémoc*. Último rey azteca, “el

águila que cae”. Y así como las águilas volaban siempre en libertad y con la frente al cielo, de ese mismo modo su caída fue fatal. Sin embargo su virtud era la tenacidad para saber luchar. El ser tenaz le servirá al virrey para saberse guiar con cautela y no terminar su vuelo como lo hizo este último rey azteca.

Así la estructura de los capítulos podría darse de la siguiente manera: Se enuncia la virtud del príncipe azteca, luego se establece una digresión aclaratoria sobre el nombre del monarca y su relación simbólica ante su nombre, luego una narración de los hechos, la representación de su imagen en el arco y por último la virtud aplicada al virrey entrante. Lo que Sigüenza persigue es darle el mismo crédito a los dioses aztecas con estas composiciones, que a los dioses griegos.

Sin embargo, las comparaciones con la antigüedad son constantes, al dios *Huitzilopochtli* se le conocía como el que había guiado al pueblo mexicano, como si se tratara de un Moisés que guió a su pueblo a la “tierra prometida”. Luego, como en la *Eneida*, cuando Eneas impulsa a crear una ciudad, él realiza lo mismo.

Lo que finaliza el texto es una composición en forma de octavas que realizó Sigüenza para la entrada triunfal del virrey. Esta composición debía ser la que culminara la entrada del marqués a la ciudad, es la que Sigüenza propuso para que al abrirse las puertas se escuchara la exaltación al virrey entrante. La palabra que Sigüenza utiliza con frecuencia es “entra”, invitación al virrey para que observe la ciudad que gobernará. Le está pidiendo que entre como si fuera el mismo sol que con sus rayos ilumina la esperanza de un pueblo que necesita protección. Le aconseja ser valiente, no ser violento, no tener necesidad de escapar. Todo se debe hacer con paciencia y serenidad. Y a pesar de que el día llegue al ocaso, siga resplandeciente la luz del sol que es él mismo.

¡Entra!, le exhorta, que el cielo se abra y de las nubes descienda el gobernante que llevará a la gloria al pueblo. Así le exige también que

explote toda su nobleza, fuerza y coraje. El pueblo está ahí para él, la humildad debe ser su arma fuerte.

Al Marqués le pide llevar la voz central de todo, ser el jefe de su séquito. Solamente así será halagado por todos y su espíritu será inmortalizado. “Tu que tantas memorias resucitas”, hace alusión a que los doce gobernantes aztecas salen a la luz para ofrecerle sus virtudes a él. A su vez, debe acatarlas y ser el que con gran elegancia las porte. Sin embargo, Sigüenza se introduce en el poema cuando dice: “Permítele a mi voz, si es que tu gloria/ permitiendo estrechase en el guarismo/, quiere ser culto genio de la historia/ en que te immortalizas a tí mismo”. Aquí quiere ser el autor portavoz de la gloria que tendrá el virrey, quiere ser quien de manera poética le permita darle al nombre del virrey gloria eterna y que se immortalice su gobierno.

En la expresión “mi Occidente”, vemos una idea criollista que hace referencia a que Europa vendrá a cubrir de grandezas a una América decadente de valor en cuanto a que están sepultadas las antiguas creencias y es necesario entablar nuevas creencias, así surgirá la nueva nación, los criollos serán parte principal de ella.

Existe una marcada descripción de Dios. Ese dios omnipotente que, sacrificándose por el mundo, trajo un reino de paz y juntó a los hombres en una misma congregación. El Dios omnipotente es quien llevará a la Gloria al marqués y a su esposa comparada con la hermosa Venus o la inteligente Palas e incluso a la majestuosa Juno. De hecho resalta Sigüenza que toda su atención se la brinda al virrey en gesto de alabanza y sumisión ante él. Y aún cuando la muerte llegue a él, la luz estará siempre con él, su alma será inmortal. Admite Sigüenza que por segunda vez esas grandezas de Europa se pregonarán por toda Nueva España y además se volverá un “héroe” que, teniendo las doce virtudes antes mencionadas, tendrá éxito rotundo. Y esos mismos dioses mexicas resucitan de entre los muertos y le brindan sus virtudes al marqués.

Existen varias adjetivaciones como: “pálida timidez, tu heroico espíritu, glorioso, ilustre marqués”, que sirven para exaltar más la figura del gobernante. Sin duda el cielo le abre las puertas para que descienda a la tierra de los mortales y ejerza su gobierno de manera que sea recordado siempre. Y quizá un día, regrese de entre los muertos así como el fénix de las cenizas.

Un rasgo significativo del poema es que Sigüenza se hace partícipe ante la composición. El poeta entra activo en unas estrofas aludiendo a que con su pluma frágil realizó estos versos en honor al Marqués porque creé sinceramente en que su gobierno será el mejor que haya existido en América, el Marqués tiene a su favor estas virtudes de los dioses aztecas. Con esas armas tiene segura la victoria sobre los enemigos que pueda tener. Y Sigüenza en una actitud sumisa y humilde le ofrece esta obra en acto de encontrar el entendimiento y el agradecimiento del Marqués.

II. 3.- Características criollistas en el texto:

La obra de Sigüenza podría catalogarse como patriótica, sin embargo existen varios rasgos que pueden diagnosticar un criollismo aún primitivo en él.

Por un lado, hay un profundo sentimiento hacia las costumbres prehispánicas. Anteriormente se dijo que, a diferencia de Sor Juana, él emplea recursos del mundo prehispánico para la confección de su Arco Triunfal, luego trasplanta las virtudes de los dioses prehispánicos a las características que debía tener el virrey. Sin duda eso es un rasgo criollo en

la pluma de Sigüenza porque, siendo criollo de naturaleza, tiene un marcado sentido de lo que es patria para él. Su patria es México. Un país que dejó atrás las creencias prehispánicas, una nación que surge de las cenizas de un mundo prehispánico. Los antiguos pobladores ya no existen. La nueva raza a la que, según el autor le pertenece

México es la criolla. Octavio Paz alude a que Sigüenza como muchos otros criollos, “oscilan continuamente, los criollos eran como los indios, de aquí y, como los españoles, de allá”.⁴⁵ Y como los españoles llegaron a implantar nuevas creencias, los criollos necesitaban sentirse dueños de una patria que quizá por derecho era de los indios pero, que Sigüenza, al sentirse un “portavoz” de la raza criolla, defiende su calidad de mexicano ante una nación naciente de creencias y de costumbres implantadas por un español imponente.

El *Teatro de Virtudes* es un texto criollista por tomar temas “prohibidos” para la Corona y por exaltar la figura del mexicano y con él se abre, como dice la autora Anna More, un espacio para crear un hogar para los criollos. El reto que se propuso Sigüenza era romper con los viejos

⁴⁵ Octavio Paz, *op. cit.*, p. 53.

cánones de escritura y desafiar a un mundo europeo construyendo un espacio productivo para los novohispanos. “Sigüenza se resiste a la costumbre de decorar su arco con una alegoría basada en la mitología clásica, eligiendo, en cambio, adornarlo con emblemas que representan a los reyes mexicas como ejemplo de las virtudes que debería poseer el nuevo virrey”.⁴⁶

Y no solamente criollista es haber colocado a los doce medallones en el arco representando a los doce gobernantes prehispánicos, sino además desarrollar plenamente una idea de crear la nación mexicana: “Sin duda, don Carlos buscó un pasado glorioso en su propia historia, mientras cumplía haciendo un servicio a la patria”.⁴⁷

En las *Glorias de Querétaro*, por ejemplo, se trata de un criollismo religioso porque Sigüenza habla de la virgen como símbolo de identidad nacional mexicana. Pero en el *Teatro de Virtudes*, vemos un criollismo político y religioso. Ahora ya contiene matices de política al incluir virtudes de dioses mexicas para gobernar como buen virrey. Y como dice Anna

⁴⁶ Anna More, “La Patria criolla como jeroglífico secularizado en el Teatro de Virtudes”, en *Carlos de Sigüenza y Góngora: Homenaje 1700-2000*, ed. de Alicia Mayer, t. II, UNAM, México, 2000, p. 5.

⁴⁷ Alicia Mayer, *Dos Americanos, dos pensamientos. Carlos de Sigüenza y Góngora y Cotton Matter*, UNAM, México, 1998, p. 296.

More, el objetivo no era opacar el arco de Sor Juana y causar revuelo, sino darle a conocer al virrey dos maneras diferentes de pensar y dos tipos de arcos triunfales. Sin embargo “pretende con ello manifestar con hechos a Europa los valores de su patria, a la vez que arraigar como propia la tradición cultural europea”.⁴⁸ y lo que hizo Sigüenza fue intentar sepultar – al menos algo- el imperio europeo.

Lo importante aquí es ver que el texto de Sigüenza causó una revolución en el pensamiento de su tiempo, incluso la misma Sor Juana le atribuye méritos a su Arco Triunfal, reconociendo lo aventurado que se vio Sigüenza al incluir ese tema en su obra. Leonard escribe que Sigüenza es un erudito barroco al resaltar las diferencias de los mexicanos con los europeos. Las creencias ya son diferentes y existe una brecha cultural grande. Lo mismo asegura Rojas Garcidueñas en decir que Sigüenza sabe tratar su patriotismo criollo con delicadeza.⁴⁹

Lo cierto aquí es que el *Teatro de virtudes* es un texto que plasma a un criollo poniendo en práctica técnicas de dioses aztecas para poder gobernar una patria que aún está endeble, pero donde existe ya un cambio

⁴⁸ Antonio Lorente Medina, *op.cit* , p. 206.

⁴⁹ José Rojas Garcidueñas, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, Erudito Barroco*. Vidas Mexicanas, 23, México, 1945.

radical en la forma de pensamiento. Una nación que necesita sentirse mexicana y no una continuación de Europa, una nación que aun sin ser netamente una patria, es un pueblo sediento de cosas nuevas. Sigüenza cree que la nación está dispersa y sin sentido de orientación; es por ello que trata de rescatar tradiciones antiguas mexicanas para dar a entender que México es una nación que necesita un gobierno donde las antiguas creencias sean respetadas. Quiere darle un sentido de nacionalismo, aun cuando todavía se esté construyendo. Y siendo un criollo, Sigüenza siente un deseo profundo de defender su patria.

II. 3 .1.- La visión del indio:

En el *Teatro de Virtudes* es donde veremos más desarrollado su pensamiento indigenista. Se equipara aquí la historia de los dioses prehispánicos

con la historia de reyes Romanos, y en su afán por rescatar las creencias prehispánicas hace una secuencia de los doce gobernantes aztecas. Así realiza una descripción individual de ellos y posteriormente se unifican para crear lo que será un corpus del gobierno del Marqués de la Laguna. Y a

diferencia de *Alboroto y motín*, donde los indios, como veremos, son menospreciados por el autor, en el *Teatro* vemos una “exaltación” exacerbada de los reyes aztecas y recordemos que varios de ellos fueron crueles con su pueblo, sin embargo, Sigüenza ensalza sus mejores virtudes para hacerle ver al virrey que México es como una continuación de Roma, es una ciudad que emerge de unos reyes que según el autor son la grandeza de su raza. Pero Sigüenza no habla de los indios borrachos, pulqueros o los de su época, habla de unos indios llenos de gloria y cultura. Los indios en los que él cree son una raza extinta o casi extinta. Para él los días de gloria y esplendor indígena se fueron con la Conquista, se fueron los dioses, las creencias y el conocimiento, ahora sólo existía el indio pasivo y lleno de complejos. Por ello recurre a desenterrar a doce dioses que con sus virtudes engalanarían el Arco triunfal del virrey Marqués de la Laguna. Y sin dudar en esta obra trata a los indios como el pueblo ignorante que vendrá a gobernar un virrey que seguiría –quizá- los proverbios que Sigüenza le proponía.

Haciendo un balance, Sigüenza exalta valores indígenas como la libertad, el patriotismo, la piedad, la prosperidad, la paz y la caridad, pero el indio al que se refiere es al histórico, no al de su época. Así dirigió su mirada a aquel mundo indígena lleno de ciencias, matemáticas, astronomía, etc. Pero el indio actual, el que vivía en barrios separados de los demás, en ése Sigüenza había perdido la fe. Así afirma que indios y españoles son dos razas que no pueden ni podrán convivir juntas.

CAPÍTULO III

ALBOROTO Y MOTÍN DE LOS INDIOS DE MÉXICO

8 DE JUNIO DE 1692

Este documento histórico data del año de 1692 y surgió como respuesta a lo sucedido en la capital del virreinato (Nueva España) el día 8 de junio del año ya mencionado. Cabe resaltar que Carlos de Sigüenza y Góngora, en aquel entonces, se encontraba bien colocado en la corte del Conde de Galve (virrey de Nueva España), y con esto se ganó prontamente su simpatía encomendándole varias misiones, una de ellas inspeccionar el desagüe de la ciudad de México.

En un principio este documento se conoció como *Carta al Almirante Andrés de Pez*, con el paso el tiempo, se le dio el título de *Alboroto y Motín de los Indios de México*. Y es que, Andrés de Pez era un buen amigo de Sigüenza y éste decidió enviarle el documento ya que, según Sigüenza, el Conde le había ordenado su pronta publicación además de que le convenía al virrey que se publicara porque después del motín en la Ciudad, las malas

noticias llegaron a España y con esto el desprestigio del virrey, y qué mejor reconocimiento que la prosa de Sigüenza para levantar la honra del virrey ante España. Todo dependía del estilo literario que le había dado Sigüenza al documento, de lo cual se hablará más adelante.

III. 1.- Origen del motín del 8 de Junio:

Durante el año de 1691 llegó a Nueva España la noticia del matrimonio de Carlos II de España con doña Mariana de Neoburgo, y como era de esperarse, se desató la fiesta en la capital. Hubo toda una algarabía por el matrimonio, sin embargo, las continuas lloviznas que caían alrededor de la capital ensombrecían la fiesta. Ya para el 9 de Junio la lluvia vino acompañada de granizo y fue tan fuerte que la ciudad en poco tiempo quedó devastada, cientos de casas fueron destruidas y familias enteras quedaron desprotegidas. Con esto vino el desabasto de comida, ya que las cosechas fueron aniquiladas por la lluvia.

Para el año siguiente, las cosas no fueron mejores, porque de nuevo las constantes lluvias provocaban que se taparan los desagües y con esto la ciudad se vio prontamente encharcada y llena de peligros. Igualmente la

cosecha fue escaseando y no sólo eso, la poca que quedaba fue guardada en la alhóndiga de la ciudad. Existe un contraste que hace Sigüenza con las casas de los indios y de los españoles, las cuales fueron arrasadas por la llovizna. Unas, las de los indios, por ser de materiales ligeros, inmediatamente se fueron y las de los españoles por ser de materiales pesados, se destruyeron. Lo peor se dio cuando la cosecha almacenada presentó huellas de enmohecimiento. Sigüenza se percató de eso y fue a inspeccionar el área, como nos indica Irving A. Leonard: “Don Carlos, cuya curiosidad intelectual le hizo interesarse por la entomología examinó cuidadosamente el trigo, bajo su microscopio. Pudo ver en los tallos y espigas unas minúsculas criaturas que, según su descripción, se parecían a las pulgas pero tenían alas como gorgojos”.⁵⁰ Sigüenza había descubierto que los granos de trigo se habían llenado de un hongo llamado *chiahuiztli* y pronto acabaría con toda la cosecha.

Al enterarse el virrey de lo acontecido decidió mandar comisionados a las provincias para que en barcos procedentes de España llegara grano y frutas a la capital. Mientras tanto el precio del pan (hecho de trigo) subía y con ello el descontento de la gente. La situación no cambiaba, porque la gente

⁵⁰ Irving A. Leonard, *Carlos de Sigüenza y Góngora, un sabio erudito barroco del siglo XVII*, trad. de Juan José Utrilla, FCE, México, 1984, p. 126.

y más los indios que habitaban la capital sentían el dolor y el hambre a la par. Las mujeres indígenas que elaboraban tortillas veían con angustia acabarse su producto. El descontento fue en aumento y, sobre todo, los indios porque ellos fueron los que resultaron más afectados por las intensas lluvias.

La tarde-noche del 8 de junio fue el día crucial para los eventos del motín contra el virrey. Y aunque la ciudad se mostraba tranquila, fue ya casi de noche cuando los ciudadanos (incluidos criollos e indios) llegaron a aglutinarse en el centro de la plaza que daba hacia el palacio virreinal, entonces comenzaron las exclamaciones hirientes contra el Conde Galve y sus servidores. La noticia llegó a correr hasta las calles más alejadas de la capital y entonces a los amotinadores se les agregaron más y más. Comenzó el tumulto con el incendio en la puerta del palacio virreinal y en la alhóndiga donde se guardaban las provisiones. Sigüenza entonces era sólo un espectador (como nos menciona en la crónica) de los acontecimientos: “Abrí las ventanas a toda prisa y, viendo que corría hacia la plaza infinita gente, me fui a ella”.⁵¹ Y la gente seguía llegando para unírseles a los amotinadores, Sigüenza se hallaba ya en las calles tratando de calmar el tumulto y entonces comenzó un

⁵¹ Carlos de Sigüenza y Góngora, “Alboroto y motín de los indios de México” en, *Relaciones Históricas*, sel., pról. y notas de Manuel de Terreros, Biblioteca del Estudiante Universitario, 2ª. ed., UNAM, México, 1954, p. 151.

incendio en el cabildo donde se hallaban varios libros; Sigüenza, enardecido, corrió junto con algunos alumnos a rescatar los libros.

Mientras tanto el Conde fue puesto a salvo en uno de los conventos aledaños al palacio, desde el cual daba instrucciones para calmar al pueblo.

Ya para la mañana siguiente, el olor a plomo se hizo presente y el ambiente en la ciudad se notaba bastante desolador, muchos fueron aprehendidos, otros ahorcados; y pensando que los indios fueron los principales causantes del alboroto, por órdenes del virrey se les hizo habitar colonias alejadas de la ciudad para evitar más disturbios. Todas las consecuencias del motín siguieron hasta el mes de julio, pues había indios escondidos, venta clandestina de pulque, indios planeando más motines, etc.

Paulatinamente, la ciudad fue recobrando lentamente la calma, sin embargo

aun a pesar de poner orden, el virrey se fue ganando el descontento de varias personas. Criollos, indios y demás personas fueron tomándole odio al virrey y sus seguidores. Días después, el Conde le pidió a Sigüenza un informe detallado de los acontecimientos acaecidos ese día en la plaza. Sigüenza, al enterarse de que el virrey se encontraba en problemas, debido al desprestigio

que tenía en España, decidió elaborar este documento, que ahora se titula *Alboroto y Motín de los Indios de México*, y a partir de él nos podemos dar cuenta del trato literario que le da a la crónica, así como de las disposiciones del virrey para castigar a la raza más desprestigiada por todos, incluso por un criollo como Sigüenza: los indios.

III. 2.- ANALISIS LITERARIO DE LA OBRA:

El relato de la crónica del motín se puede analizar literariamente. Y así podríamos dividir la crónica en dos partes: la primera es un relato acerca de sucesos importantes en la Nueva España, uno de ellos es el relacionado con la Armada de Barlovento, del cual hablará el autor en otra obra. Habla acerca de la llegada de los españoles a tierras mexicanas, además de cómo fueron recorriendo las tierras para inspeccionarlas. Lo importante en esta primera parte es el respeto que Sigüenza muestra hacia los diversos virreyes que pisaron Nueva España y, en especial, al Conde de Galve, personaje del motín de 1692. Y existe además la narración acerca de un suceso que ocurrió en los mares del sur de la Nueva España. Según Sigüenza estos mares fueron ocupados por piratas que querían invadir dichas tierras, por lo cual el Conde de Galve ordenó fuesen expulsados del territorio.

Otro acontecimiento que ocurre es que, según el autor, gracias al Excelentísimo Conde de Galve –como lo denomina él-, los territorios de Nuevo México tienen gobernantes excelentes y que además cuentan con la religión católica, que según ellos no creían en Dios hasta que conocieron la gracia y bondad del Conde de Galve. Y así sigue narrando hechos que se le deben a la bondad del Conde, y de quien habla siempre con exclamaciones para exaltar la figura del virrey para atrapar al lector y tratar de convencerlo de que el motín había sido obra de gente mala y hacernos ver que el virrey había sufrido una “injusticia” por parte de la población que se amotinó.

También Sigüenza nos hablará acerca de la evangelización. Ésta llegó a tierras no sólo mexicanas sino de Centroamérica. Después se introducirá en un estudio climatológico, el cual será propicio para explicar una de las causas del motín. Recordemos que la narración empieza desde un año antes del motín, en 1691. Durante los meses de junio y julio, las lluvias azotaron la ciudad, dejando entre nubes el cielo y Sigüenza, haciendo gala de sus conocimientos, nos describe el suceso:

Habían ya corrido sus siete primeros días, no sólo sin llover, pero ni aún con nubes sobre la ciudad, aunque al mismo tiempo se reconocían cubiertos de ellas y con mucho exceso los montes que tenemos al Occidente, donde llovió el día ocho con algún tesón pero sin violencia. Volvieron las nubes el día siguiente (que fue miércoles y se contaron nueve) a llover sobre lo mojado con tan formidable tempestad de granizo y agua, que en breve rato (dijéronlo los indios que, del abrigo de algunas peñas y cuevas entre muchos que murieron ,

escaparon vivos), así con el granizo y agua, se cegaron las barrancas generalmente, y aquel cubrió lo restante de la mayor parte del monte en el altor de un estado.⁵²

Así Sigüenza nos hace saber que las lluvias causaban estragos en la ciudad y con esto hubo desabasto de comida porque la cosecha en su mayoría se había perdido, sin embargo los daños hechos en estructuras de algunas calles importantes fueron reparados por órdenes del virrey.

Sigüenza entró en contacto con su amigo el virrey, quien le propuso llevar a cabo las obras de restauración en la ciudad, a lo cual accedió el autor gustoso.

Y en este punto entra Sigüenza como protagonista, al enumerar todos los trabajos que realizó en bienestar de las calles de la ciudad y esto lo manifiesta porque era un criollo instruido que quería narrar todo lo que hizo en honor al Conde y para recalcar que se hicieron obras de reconstrucción de calles destruidas por las lluvias.

Otro dato curioso es que alrededor de toda la crónica, el autor siempre se referirá al Conde con expresiones como: excelentísimo e ilustrísimo. Y más curioso resulta cuando se dirige el autor a un “Vuestra Merced”, lo que nos hace pensar que la narración además de dirigirse a los lectores, era

⁵² *Ibid.*, p. 110.

dirigida a algún personaje en particular, el cual tendría que entender las causas del motín y que –según Sigüenza-, éste se salió de control y que el virrey hizo lo que pudo por controlar al pueblo enardecido. Aunque también el “vuestra merced” a quien se dirige Sigüenza puede ser una convención literaria que representa al lector para establecer con él una relación comunicativa. Viene desde las novelas picarescas y aparece también en epístolas, diálogos y prólogos, entonces, aparte de dirigirse probablemente a una personalidad histórica y con la intención de defender al virrey de negligencias posibles en no haber parado el motín, también es la forma (la carta al almirante) que elige Sigüenza para comunicar mejor los hechos.

Un punto importante que hay en el texto es la presencia de los *agüeros* en los que la gente creía. Uno de ellos es el de un eclipse que ocurrió antes de que la gente se amotinara. El eclipse trajo consigo un sinnúmero de especulaciones por parte del pueblo, entre ellas, que este fenómeno era un evento destructivo para todos que traería problemas al pueblo, y debemos tomar en cuenta que tal y como dice el autor, la mayoría de la población era inculta y que no podía saber a ciencia cierta que sólo se trataba de un fenómeno de la naturaleza.

Este eclipse es narrado por Sigüenza (dirigiéndose de nuevo a “Vuestra Merced”), con sus conocimientos astronómicos de la siguiente manera:

Mediaba éste entre Mercurio, que apartado dél como cinco grados hacia el Oriente, se veía con el anteojo como estaba la luna en la cuadratura y en el corazón del León que demoraba al Ocaso, y más adelante Venus defalcada, estaba cubierto de estrellas el cielo por todas partes, pero sólo se veían las de primera, segunda y tercera magnitud por el Mediodía, quizás por tener entonces la luna alguna latitud aparente septentrional; obsérvele a ésta en la demora de la total obscuración alguna atmósfera, contra lo que algunos afirman; y por último, desde la ocho y media hasta las nueve y media, estuvo el aire tan frío y destemplado como por Invierno, con que se verifica el aforismo de los astrólogos en que a los eclipses, y con especialidad a los del sol, se atribuye esto.⁵³

Y así se empezó a especular sobre el mal que, según los pobladores, venía en camino. Por otra parte, el trigo empezó a descomponerse y empezó el desabasto de comida en la ciudad y con ello, el descontento de los pobladores, que para el año siguiente se convertiría en turba enardecida, que en abril de 1691 comenzaron a juntarse y pensar en un plan que trajera consigo comida para sus familias. Y ni con las festividades religiosas se mantenían tranquilos porque el desabasto continuaba, aun cuando el virrey mandó traer comida de otros estados.

Y si los pobladores creían en agüeros, Sigüenza, el virrey y varios personajes de la corte creyeron que los indios les hacían brujería, al encontrar bajo un puente figurillas de barro sin cabeza. Conforme avanzaba el año, la gente seguía incrementando su rencor hacia el virrey y seguía creciendo el número de inconformes.

⁵³ *Ibid.*, p. 124.

Sigüenza en esta primera parte del texto se comporta de forma pasiva, como un narrador de los hechos que anteceden al motín. Sin embargo, donde comienza realmente la crónica es en la segunda parte del relato, cuando Sigüenza entrará en un papel activo, además de que esta parte es mucho más compleja que la primera, porque hay más recursos literarios y el contenido nos hace ver que lo narrado parece crónica periodística, al decir el día exacto en que estalló el motín, la hora exacta y el año exacto: “Amaneció finalmente (que no debiera) el fatalísimo día ocho de junio, domingo infraoctava de la solemnísima fiesta del Corpus Christi”.⁵⁴

Empieza su labor de narrador activo cuando se da cuenta Sigüenza de lo que acontece en la plaza mayor de la capital. Y a pesar de que las figuras religiosas no sirvieron de nada, tanto el virrey como la virreina intentaron apoyarse en la religión para tratar de resolver el conflicto. Pero las cosas llegaron demasiado lejos desde un año antes, Sigüenza advirtió del peligro que corría la ciudad si seguían las constantes lluvias torrenciales y por más medidas que se tomaron, el desabasto de comida empezó desde 1691. El trigo se llenaba de gorgojos y con esto la comida empezó a escasear, y los indios, entre otras castas, comenzaron a elaborar un plan para amotinarse.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 145.

Uno de los puntos importantes en la crónica es la capacidad de Sigüenza para lograr una narración simultánea de los acontecimientos que ocurrían durante el motín: “En este ínterin, saliendo de hacia donde está la horca una tropa de indios, destrozaron los puestos de vendedores que allí había, para que les quedase campo desocupado y, entre tanto, se subieron unos cuantos soldados a las azoteas con tercerolas y, sin duda alguna para espantarlos, comenzaron a dispararles con sola pólvora”.⁵⁵

Sigüenza se mantiene como un *narrador intradieético* de la acción: “A nada de cuanto he dicho que pasó esta tarde, me hallé presente, porque me estaba en casa sobre mis libros”.⁵⁶ Cuando realmente entra en *narración homodieética* es cuando se introduce como personaje activo en el amotinamiento: “Abrí las ventanas a toda prisa y, viendo que corría hacia la plaza infinita gente, a medio vestir y casi corriendo, entre los que iban gritando: ¡Muera el virrey y el Corregidor, que tienen atravesado el maíz y nos matan de hambre!, me fui a ella”.⁵⁷ Y así, sigue el autor narrando de cómo iba corriendo por las calles viendo que la gente exclamaba acusaciones contra el virrey y su gobierno. Posteriormente vuelve a emplear el recurso de la narración simultánea cuando al instante en el que él se encontraba en otra

⁵⁵ *Ibid.*, p. 149.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 151.

⁵⁷ *Ibid.*

calle, narra cómo fue acorralado el virrey y tuvo que escapar hacia un convento franciscano a refugiarse: “Mientras se va quemando el Palacio, voy yo a otra cosa”.⁵⁸

Y al empezar el saqueo, Sigüenza se percató de que los libros de la biblioteca del cabildo eran quemados por las brasas y vuelve a intervenir en la acción al introducirse a la biblioteca a sacar los libros que pudiesen ser rescatados. Casi todos los edificios fueron saqueados y quemados, el cabildo y el palacio municipal quedaron más dañados.

Sigüenza recurre a recursos expresivos, uno de ellos es la *exclamación*, que le sirvió al autor para hacer el texto más persuasivo, esto es, que convenza a quien lo lea de que el motín fue una medida extrema de gente sin cultura, sólo por tener desabasto de comida. Las exclamaciones exaltan el sentido reclamante de la gente que exige más comida, esto para Sigüenza resulta conveniente debido a que este texto fue una obra por encargo, es decir, el mismo virrey le ordenó al autor realizar la obra, debido a que su puesto corría peligro ya que las noticias del motín llegaron a oídos de la Corona española y ésta no podía permitir que una colonia española se amotinara. Debido a este suceso, Sigüenza tenía la labor de realizar una crónica donde los indios fueran degradados con tal de salvar la figura del virrey y que éste quedara como un

⁵⁸*Ibid.*, p. 166.

gobernante que se le salió de control la situación y qué mejor que las exageraciones y exclamaciones para hacer este texto más verosímil tanto para el lector como para el autor y así poner a la gente como salvaje: “¡muera el virrey!, ¡Muera la virreina!, ¡Muera el corregidor!, ¡Muera el mal gobierno!”.⁵

9

El texto también contiene varias *hipérboles* que exageran el verdadero valor de los acontecimientos. En este caso la crónica aumenta, con las mismas exclamaciones antes señaladas, las circunstancias del motín en la ciudad. Además de que existe una enorme *gradación*. Esto es cuando va transcurriendo el motín,

decae el día. Todo ocurre desde la mañana hasta caer la noche, mientras la multitud seguiría enardecida la mayor parte de la noche. Pero además debemos recordar que muchos murieron al quedar atrapados en el fuego del palacio, otros más golpeados y otros baleados.

Y así se compara la caída de la noche con la muerte y el olor a desolación que hubo a la mañana siguiente: “En éstas cosas se pasó la noche, pero no era necesario que amaneciese para ver llorar y con suspiros dolorosos

⁵⁹ *Ibid.*, p. 158.

lo que el fuego hacía”.⁶⁰ El incendio continuó hasta el martes y mientras algunos amotinados escaparon a otros lados, otros, como los de Tlaxcala, también se amotinaron.

Las consecuencias del motín fueron represivas, porque los indios fueron expulsados del centro de la ciudad a calles alejadas, algunos fueron ahorcados, azotados y quemados, y el pulque (bebida que según Sigüenza embrutecía a los indios) fue prohibido en la ciudad.

Lo más importante aquí es que Sigüenza crea dos tipos de narraciones en un mismo texto, en primera instancia una narración pasiva acerca de los hechos ocurridos en Nueva España, en la que Sigüenza se mantiene solamente como informante de los hechos, es decir, como un narrador intradieгético. Y quizá lo más importante sea que la figura del virrey es tratada con sumo cuidado por parte del autor, todo con el fin de rescatar su figura y hacerle llegar la información a los lectores.

Posteriormente, la narración cambia. Entramos a una segunda parte que se vuelve mucho más activa y los acontecimientos se desarrollan más rápido que en la primera parte. Sigüenza no sólo se encarga de informar al lector, sino que se mantiene presente a lo largo de toda la acción.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 169.

El “Vuestra Merced” nos hace pensar que la crónica llegará a alguien más que a la Corona española y para que el virrey no fuera removido de su cargo y por el inmenso agradecimiento que Sigüenza le tenía al Conde, el autor tuvo que exagerar las condiciones del alboroto y plasmar dignamente la figura del virrey para que todo fuera entendido de manera que se pensara que al virrey se le había ido de control la situación, pero que sí tomó medidas preventivas después del motín:

Este es el estado en que nos hallamos, y esta es mi carta. Si le pareciera a vuestra merced el imprimirla para que en esa corte y en esos reinos sepan todos con fundamento lo que otros habrán escrito con no tan individuales y ciertas noticias, desde luego consiento en ello, presuponiendo el que no se le añada ni se le quite ni una palabra; y si no fuere de este modo, no salga a luz. Guarde Nuestro Señor a vuestra merced, amigo y señor mío, muy dilatados años y esto con muy perfecta salud y descanso en todo.⁶¹

III. 3.- Características criollistas en el texto: Sigüenza como cronista de la corte virreinal:

Como se mencionó anteriormente, Sigüenza estaba muy bien colocado en la Corte virreinal, pese a su expulsión del Colegio Jesuita, sin duda la suerte

⁶¹ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Seis obras*, pról. de Irving Leonard, ed. y notas de William G. Bryant, Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, 1984.

tocó al autor a partir de que entabló una relación estrecha con el Virrey, el Conde de Galve. Y es que como todo buen criollo, Sigüenza siempre sintió esa inquietud por querer brillar ante los ojos de todos como un buen mexicano, un hombre de letras y ciencia.

Es de notar que los rasgos criollos en la crónica del motín de 1692 se hacen presentes a partir de la descripción que da del virrey, además de que el mismo virrey le ordenó describir los hechos tal cual sucedieron, para que así Sigüenza pudiera darle un estilo literario muy particular; debido a su condición de criollo, Sigüenza no pudo rehusarse a tal situación, pero aprovechó la ocasión para destacar de entre el pueblo y ser reconocido como erudito criollo: “porque por el cariño con que Vuestra Merced mira este príncipe, bien sé que se complaciera que yo dejase correr la pluma en tan noble asunto”.⁶²

Y sólo a Sigüenza le convenía este servicio para el Conde, anteriormente ya se le había encomendado ser el ingeniero que arreglaría el desagüe en la ciudad, pero era inevitable que las fuertes lluvias terminaran con la construcción y sucediera en consecuencia, la inundación.

⁶² *Ibid.*, p. 100.

Pero aun así Sigüenza consiguió ser el “portavoz” de la corte virreinal y son difíciles de justificar las acciones impuestas por el virrey en el tumulto del 8 de junio, pero es más difícil de justificar la forma de defender al virrey que tiene este autor. Por una parte, podría decirse que esta crónica parece una obra por encargo, es decir, aquella que por parte del virrey elevaba su calidad como persona y gobernante, aunque cabe decir que la imagen del virrey quedó bastante dañada después del motín, quizá por esto Sigüenza accedió a redactar este documento, tal como lo dice el crítico Iván Escamilla: “la mayor parte de la intelectualidad criolla terminará sirviendo a los intereses de los institutos religiosos como cronistas, predicadores, directores de conciencia, catedráticos, procuradores y administradores”.⁶³

Cabe señalar que Sigüenza siempre lamentó su expulsión del Colegio Jesuita y buscó obtener una carrera propia y acorde con sus ideales criollos, sin embargo, necesitaba el apoyo de gente de alto nivel económico y político, que tuviera influencias para sostener su carrera. Y así se rodeó de personalidades importantes, como obispos, sacerdotes, etc, hasta llegar al mismo virrey Conde de Galve.

⁶³ Iván Escamilla, *El siglo de oro vindicado: Carlos de Sigüenza y Góngora, el Conde de Galve y el tumulto de 1692*, en *Carlos de Sigüenza y Góngora: Homenaje 1700-2000*, ed. de Alicia Mayer, t. II, UNAM, México, p. 183.

La tarea de realizar la crónica del motín del 8 de junio no fue fácil. Por una parte, tenía que ser un documento que elevara la calidad humana del virrey, y por otra, denigrar la imagen de indios, primeramente, y de algunos compatriotas criollos, después, así como Sigüenza hizo lo posible por tratar de ser un cronista lo bastante alejado de los hechos, pero era casi imposible ponerse en una actitud imparcial cuando él mismo los presencié y sin embargo, tuvo que remitirse a las pruebas oficiales que el Conde dio a la Corona Española sobre aquel tumulto en la capital en el año de 1692. La crónica de Sigüenza se convirtió en una “defensa” a las acusaciones hechas al virrey, por parte de España y del pueblo mexicano.

La visión criollista que tiene Sigüenza en esta crónica no es la misma que la de otras obras anteriores a ésta como *Teatro de Virtudes Políticas*, donde exalta la cultura indígena; ahora se dedicará a alabar la figura del virrey ensalzando su excelente forma de gobernar y de cómo logró apaciguar el motín de la capital. Además de que el Conde había mandado comprar más grano a las principales ciudades del interior de la república en demanda a la escasez de éstos en la capital del virreinato.

En su visión de ingeniero de la corte para inspeccionar el desagüe, Sigüenza utiliza un estilo directo para referirse a la comisión que le otorgó el

virrey: “Parecióme (después de haberlo premeditado por muchos días) que, para

que no se anegasen otra vez los barrios occidentales de la Ciudad, no bastaba esto y, proponiendo para conseguirlo una nueva acequia, aprobó Su Excelencia mi dictamen y me encargó esta obra”.⁶⁴

Una de las acusaciones que enfrentó el Conde por parte de la Corte de Madrid es la de no haber estado como capitán controlando el motín, a lo que Sigüenza interviene en la crónica explicando que habían retenido al virrey en el convento de San Francisco porque como era el virrey no debía poner en peligro su vida y, sin embargo, el que arriesgó su vida fue el propio Sigüenza al querer rescatar los libros del cabildo de la ciudad. Vemos pues cómo la visión criollista de Sigüenza está totalmente distorsionada de la realidad, porque los criollos siempre se han puesto de parte del pueblo y no de la corona, como hizo él en este caso. Pero al confrontarse con la realidad (el incendio en el cabildo) Sigüenza pierde la concepción de las cosas y el narrador se desplaza a ser un personaje de las circunstancias. Sus sentimientos de criollo lo obligan a desplazarse hacia sus propias acciones: “Don Carlos no siente miedo, pero tampoco siente compasión.

⁶⁴ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Seis obras... op. cit.*, p. 120.

Deja de razonar, como lo hacen tantos intelectuales cuando la realidad se les enfrenta y contraría sus opiniones. Le importan más los papeles, que las vidas humanas. Y reniega de su obra toda, que ya no será fruto de amor, sino de “nimio estudio”.⁶⁵ Con esto se puede afirmar que la visión criolla de Sigüenza, a partir de los hechos del motín de junio, cambiará radicalmente, ya no será esa visión llena de amor y exaltación de lo indígena y español, sino que se remitirá solamente a describir los hechos.

No obstante de lo dicho anteriormente, hay algo que rescatar de su visión criollista en la crónica y es la visión de conocimiento que poseía Sigüenza y que sólo se podía encontrar en criollos perfectamente bien instruidos, ya sea por cuenta propia o por cuenta de los colegios jesuitas.

El alto grado de conocimiento de Sigüenza como criollo se ve reflejado cuando en la crónica del motín nos describe cómo sucedió un eclipse solar, poniendo en alto sus capacidades como astrónomo: “Mediaba éste (el eclipse) entre Mercurio, que apartado dél como cinco grados hacia el Oriente, se veía con el anteojó como estaba la luna en la cuadratura y en el corazón del León que demoraba al Ocaso, y más adelante Venus defalcada, estaba cubierto de

⁶⁵ Ramón Iglesia, “La Mexicanidad de Carlos de Sigüenza y Góngora” en, *El Hombre Colón y otros ensayos*, FCE, México, 1994, p. 197.

estrellas el cielo por todas partes, pero sólo se veían las de la primera, segunda y tercera magnitud del mediodía.”⁶⁶

Además pudo darse cuenta de la duración exacta del eclipse que fue de hora y media aproximadamente. Con estos cálculos, Sigüenza logró colocarse como uno de los sabios barrocos criollos de Nueva España.

Sus conocimientos de astrología y estudios climatológicos permitieron que Sigüenza continuara sus estudios sobre cómo afectaría el clima a las cosechas de junio. Las constantes lluvias y la falta de sol impedían el crecimiento de granos de trigo y maíz (razón principal por la que empezó el amotinamiento).

Solamente los criollos bien instruidos como Sigüenza sabían que un eclipse o un cometa no afectaría a la gente, pero en ese entonces las creencias eran bastante diferentes a las de ahora, pronto la multitud se asustaría al ver el fenómeno astrológico: “...aullando los perros, gritando las mujeres y los muchachos, desamparando las indias sus puestos en que vendían en la plaza fruta, verdura y otras menudencias, por encontrarse a toda carrera en la Catedral, y tocándose a rogativa al mismo instante, no sólo en ella, sino en

⁶⁶ Carlos de Sigüenza y Góngora, *op. cit.*, p. 124

otras iglesias de la ciudad, se causó de todo tan repentina confusión y alboroto que causaba grima.”⁶⁷

Con lo cual la gente comenzó a sentir que el eclipse traería consecuencias funestas a la capital, creando con ello una especie de creencia catastrófica.

Otro punto rescatable en la crónica fue la acertada predicción del trigo malo que tuvo Sigüenza al poner una muestra de grano en su microscopio, demostrando así sus capacidades como erudito: “valiéndome de un microscopio, descubrí un enjambre de animalillos de color musgo, sin más corpulencia que la

de una punta de aguja y que sea sutil; tiraba su forma y la de sus pies a la de una pulga, pero con alas o con aquellos pies, saltaban de una parte a otra con ligereza extraña”.⁶⁸ Con esto había descubierto la plaga que abatía la cosecha de trigo: el tan temible chiahuixtle. Este animalejo se comió poco a poco los granos de trigo y con esto trajo escasez a la ciudad empezando con ello una serie de reclamos por parte de la población. Aquí empieza la alabanza de Sigüenza al Conde de Galve, porque insiste en mencionar que el virrey hizo

⁶⁷ *Ibid.*, p. 123.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 125.

esfuerzos casi “sobrehumanos” por conseguir comida en las ciudades del interior de la república. Y aunque tenía bastantes conocimientos, Sigüenza no pudo encontrar una respuesta para tratar de controlar la plaga.

Con esto nos damos cuenta de la capacidad intelectual de Sigüenza como criollo en su país. A pesar de que su visión da un giro total en comparación con otras obras, no debemos negar que sus conocimientos en astronomía, biología, geografía etc., son únicamente encontrados en criollos bien instruidos, en parte por la llegada de los Colegios Jesuitas desde 1534.

III. 3. 1. - La visión del indio en la crónica:

Como se ha dicho, la visión sobre el indio que tenía Sigüenza en otras obras era completamente diferente a la que tiene en este texto. Mientras que en otras obras como las *Glorias de Querétaro* se exaltan las virtudes y creencias de los indios, en *Alboroto y motín* se da un giro total a la visión indígena por parte de Sigüenza.

La idea original de la crónica de Sigüenza era “limpiar” la imagen del virrey y solamente ocurriría si Sigüenza adjudicara la culpa del amotinamiento a los indios y sin contar que los criollos también habían participado en la revuelta.

Y así resulto, Sigüenza sin titubear no tuvo mas remedio que ridiculizar en cierta manera a los indios y sobre todo cargarles la responsabilidad total del alboroto.

Dice un crítico que: “Los criollos se compadecen de la miseria de los indios como otros tantos de la Colonia”.⁶⁹ Pero en este caso, Sigüenza no se compadece de su miseria ni de su poca capacidad intelectual, incluso los denigra: “... y degenerando de sus obligaciones, son los peores entre tan ruin canalla”.⁷⁰ Con lo cual, Sigüenza pone en entredicho la situación del indio y su honorabilidad como raza.

Los hace responsables directos de los sucesos del 8 de junio en la capital y no sólo eso sino que también los acusa de herejes, faltos de respeto por la figura del virrey y además de alcohólicos y raza funesta. Mientras que Sigüenza por un lado decía que “los indios son gente arrancada de sus pueblos, por ser los más extraños de su provincia; gente despedazada por

⁶⁹ Francisco López Cámara, “La Conciencia criolla en Sor Juana y Sigüenza” en, *Historia Mexicana*, vol. 6, Colegio de México, 1957, p. 364.

⁷⁰ Carlos de Sigüenza y Góngora, *op. cit.*, p. 133.

defender su patria, y hecha pedazos por su pobreza”⁷¹, por otro lado, en la crónica se expresa tan despectivamente de ellos que parece que les da la espalda y con esto logra un efecto de confusión tanto para los lectores de sus obras como para él mismo.

A medida que crecía la escasez de grano en la capital comenzaban las quejas por parte del pueblo, que, según Sigüenza, era el “populacho ignorante”.

Es tanto el desprecio de Sigüenza por los indios que hasta los acusa de ser malos hijos de Dios: “Los que más instaban en estas quejas eran los indios, gente la más ingrata, desconocida y inquieta que Dios creó”.⁷²

Aunque debemos señalar que en esta misma frase, Sigüenza da tintes nítidos de que los indios son gente desposeída y miserable. Pero vuelve al maltrato hacia los indios cuando los acusa de borrachos, ya que en aquel entonces el pulque era la bebida embriagante más solicitada por ellos y según Sigüenza, los indios alardeaban de que la corte y los criollos mejor instruidos les tenían miedo por las represalias que podían cometer contra ellos.

Sigüenza admite en la crónica que los indios estaban planeando una revuelta desde antes de las lluvias. Un acontecimiento avalaría lo que decía

⁷¹ Francisco López Cámara, *op. cit.*, p. 360.

⁷² Carlos de Sigüenza y Góngora, *Seis obras... op. cit.*, p. 133.

Sigüenza cuando un día encontraron debajo de un puente varias ollitas que olían a pulque y con ellas varias figurillas de barro que tenían cortadas las cabezas. Al ver esto el virrey, pidió una explicación a Sigüenza del porqué de esos hallazgos, Sigüenza respondió que sólo los indios eran capaces de tenerles tanto odio (incluyéndose) para hacer esas cosas, por lo cual el virrey tomaría decisiones importantes. Y es que los indios, junto con otras castas, pensaban que el acontecimiento del eclipse ya mencionado y la mala administración del virrey traerían consigo muerte, hambre y cosas funestas para ellos.

La situación se fue haciendo cada vez más hostil entre los indios y el virrey, mientras éste creía que nada sucedía durante la escasez de comida, por otro lado los indios, como dice Sigüenza, se reunían en las pulquerías a discutir un plan para amotinarse en contra de la corte y del virrey. Por otra parte, Sigüenza advierte que los indios que habitaban la ciudad siempre habían intentado destruir su propio pasado, gente maliciosa que odiaba y renegaba de sus raíces.

Existe a la vez un “doble juego” en Sigüenza respecto a la redacción de la crónica. Por una parte, está consciente perfectamente de la situación de los indios y por ser criollo siente la necesidad de protegerlos, pero, a la vez y por

las circunstancias ya mencionadas anteriormente, no tuvo otro recurso más que escribir la crónica pensando únicamente en el bienestar del virrey, sin importarle la suerte que correrían algunos indios después del motín.

En cierto modo no se equivocaba porque en aquellos días en donde el hambre se hizo presente, las pulquerías llegaron a abarrotarse y con ello, los indios se dejaron influir por los españoles llamados comúnmente “zaramullos”, los cuales eran españoles renegados y sin futuro. Ellos, los indios y demás castas raciales decidieron amotinarse el día 8 de Junio, mientras el conde de Galve se encontraba realizando un paseo de rutina por la capilla cercana al palacio virreinal. Según Sigüenza, los indios son los que empezaron el escándalo mientras hacían pasar por muerta a una india que vendía sus cosas en el mercado cercano a la plaza mayor. Mientras gritaban que muriera el virrey, Sigüenza –según la crónica- estaba observando desde el interior de su biblioteca mientras realizaba algunos estudios:

A nada, de cuanto he dicho que pasó esta tarde, me hallé presente, porque me estaba en casa sobre mis libros y aunque yo había oído en la calle parte del ruido, siendo ordinario los que por las continuas borracheras de los indios nos enfadan siempre, ni aún se me ofreció abrir las vidrieras de la ventana de mi estudio para ver lo que era, hasta que entrando un criado casi ahogando, se me dijo a grandes voces: “Señor, tumulto.”⁷³

⁷³ *Ibid.*, p. 151.

El autor cambia de narración debido a que se introduce en la acción de la crónica como personaje activo. Porque casi la mitad del relato está narrada desde un punto de vista de observador, pero a partir de que estalla el motín y comienza el incendio en el palacio virreinal, Sigüenza es ahora un personaje más dentro de la historia, y a la vez, lleva a cabo una narración simultánea cuando comienza el incendio: “Mientras se va quemando el Palacio, voy yo a otra cosa”.⁷⁴

Por otra parte, Sigüenza sigue acusando a los indios del alboroto: “...los indios que, sin consejo de otros, lo principiaron”.⁷⁵ Hasta le parece absurdo que las mujeres indias participaran en la revuelta, mientras otros indios saqueaban las tiendas: “comenzaron a romperles las puertas y techos, que eran muy débiles, y a cargar las mercaderías y reales que allí se hallaban”.⁷⁶

Mientras pasaban las horas, Sigüenza hizo lo posible por apaciguar junto con otras personas el tumulto, pero era inútil ya que la multitud se enardecía constantemente. Los indios eran para este autor simples personas, viles y sin educación que, por causa del hambre, actuaban como bestias salvajes, sin razonar en las consecuencias que traería este alboroto.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 166.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 155.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 159.

Sin embargo, mientras Sigüenza creía profundamente en el pasado indígena, ahora veía destrozarse su ideal por ellos, veía caer en cenizas todo lo que alguna vez defendió, quizá por eso relata su crónica con tanto rencor y desprecio hacia los indígenas.

Pasado ya el momento crítico, Sigüenza con el virrey observa la destrucción que hubo en la ciudad, así como los muertos que quedaban en las calles, después enterrados, como lo afirma Antonio de Robles: “La noche precedente, a deshora después del tumulto, se hizo en el cementerio de la Catedral un hoyo muy grande, y en él enterraron de montón muchísimos cuerpos de los que perecieron en la refriega”.⁷⁷ Días después fueron encarcelados varios indios, mulatos y mestizos que participaron en el motín, condenados a la horca, aun siendo mujeres, además de que se tomó la medida de prohibir el pulque hasta el 19 de junio de 1692, y a quien se le sorprendiera bebiéndolo o haciéndolo sería condenado a azotes y multas. Esto se dio en toda Nueva España. Pero quizá la medida más radical fue la de que ningún indio debía vivir en el centro de la capital, sino en colonias acondicionadas para ellos, por su supuesto “salvajismo”: “los naturales habían de retirarse a

⁷⁷ Antonio de Robles, *Diario de Sucesos Notables (1665-1703)*, ed. pról. y notas de Antonio Castro Leal, 2ª. ed., Porrúa, México, 1972, p. 257.

sus barrios dentro de un plazo de veinte días, todo el que después fuera descubierto recibiría doscientos azotes”.⁷⁸

Y Sigüenza no se quedó atrás en opinar sobre los castigos a los indios y en un documento con fecha de julio dice que los indios no podían quedar asentados en una sola colonia, puesto que causarían más disturbios, que era mejor dividirlos por barrios. De hecho culpó a los indios que se encontraban en barrios españoles de ser protagonistas del motín pasado y así se les apartó de las calles principales de la ciudad.

Quizá lo que más le molestaba al cronista, y que vemos reflejado en la crónica, es que los indios que conocía Sigüenza ya no eran los mismos de aquel pasado glorioso antes de la conquista: “El criollo Sigüenza reacciona contra los indios de su tiempo, en los que no se percibe la antigua nobleza. Indios ingratos, inquietos y desvergonzados. Esto se debe a que los indios que se amotinan o se sublevan se muestran a los ojos del criollo como traidores y apóstatas”.²⁹ Y era de esperarse que mientras Sigüenza alababa las costumbres y a los dioses antiguos prehispánicos, se decepcionara al ver un montón de borrachos queriendo sublevarse contra el virrey.

⁷⁸ Irving Leonard, *Carlos de Sigüenza y Góngora... op. cit.*, p. 145.

2

⁷⁹ Laura Benítez Grobet, *op.cit.*, p. 115.

Y peor aún es ver cómo Sigüenza se avergüenza de ellos y de su comportamiento: “no había calles, ni plaza donde con descaro y con desvergüenza, no le sacrificasen al demonio muchas más almas con este vicio (el pulque)”.⁸⁰

Hasta advierte que los indios han desafiado las leyes divinas de Dios y que por ello irían al mismo infierno. A su vez, sacando provecho al describir las clases más pobres de la ciudad (los indios, sobre todo), pone de manifiesto que los criollos son, entre las demás, la única raza decente de todas y que jamás cometerían tantas aberraciones como los indios.

CONCLUSIONES

Carlos de Sigüenza y Góngora sin duda fue una de las máximas figuras del barroco a nivel hispanoamericano. Sus estudios arrojan una cantidad de pensamientos acerca de la literatura que corría por su tiempo y a la vez,

⁸⁰ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Seis obras...op. cit.*, p. 172.

demostraba ya un concepto de patria que para él significaba que el ser criollo le confería el mérito de ser parte de una nueva nación.

Con las obras analizadas podemos darnos cuenta del profundo criollismo que desarrolló Sigüenza alrededor de toda su vida. Con los peninsulares a la cabeza de los habitantes de una nación *sui generis*, ser criollo significaba vivir a la sombra de unos españoles que habían venido a sepultar el mundo prehispánico, sus creencias y sobre todo, la implantación de una nueva religión, la cristiana.

Sigüenza lo que trató de hacer en las tres obras ya estudiadas fue crear un sentido de nacionalismo en México, crear una nueva nación en la cual predominaban elementos españoles; sin embargo, el autor logró sacar a la luz y darle valor a las antiguas creencias prehispánicas. Y todo su criollismo se verá reflejado en las crónicas, relatos o descripciones que realiza sobre México.

Se escogieron tres obras significativas en la vida de Sigüenza. La primera: *Las Glorias de Querétaro* es un tratado acerca del nuevo símbolo que sería propiamente de los criollos e indios también: La Virgen de Guadalupe. En el *Teatro de Virtudes* se encarga de sacar a la luz el pasado glorioso de doce gobernantes mexicas, pero es doce años después en su

Alboroto y Motín, donde se ve más desarrollado el sentido criollista en Sigüenza. Habían transcurrido doce años en los que Sigüenza vio sumergirse en enorme soledad a una raza que antes había sido digna de ser recordada como poseedora de una de las más grandes culturas antiguas. Mientras que antiguamente los indios fueron hombres de ciencia, de cultura y tradiciones, ahora sólo eran el eco de la grandeza que tuvieron. Por este motivo, Sigüenza se molesta y está, de algún modo, contra ellos, sin embargo mientras más encarnizados eran los desprecios españoles hacia los indígenas, el criollo se erigirá, de alguna manera, en defensor de los indios frente a las denigraciones europeas.

En las obras de Sigüenza notaremos también un choque de dos culturas: la española y la indígena y necesariamente el criollismo surge de esa lucha. Surge como un grupo “intermedio” de los dos, creándose un propio estrato social y a diferencia de las otras castas raciales, los criollos logran acaparar la atención de españoles e indios. Sin embargo, en el mismo Sigüenza se nota una clara debilidad en su criollismo y ésta es la aceptación de algunas creencias religiosas tanto españolas como indígenas, además de la aceptación de modelos nuevos sacados de un mundo prehispánico enterrado.

Pero el caso de Sigüenza es diferente del de otros criollos. Sigüenza pudo mantenerse dentro de la Corte del Virrey Conde de Galve, además de que su formación era la de un criollo de letras y con una gran cultura. Y frente a las necesidades de su época, resulta buen denunciante de ellas. No sólo le preocuparon las costumbres de su patria, sino que por igual rescató las antiguas creencias del México prehispánico y escribió alentado siempre por el enaltecimiento de su patria. Pero cabe mencionar que el autor se va inclinando hacia las tradiciones antiguas mexicanas mientras sus raíces españolas van quedando rezagadas en su pensamiento. Hablar de un criollismo en Sigüenza y Góngora es hablar de un eterno choque de culturas en sus obras y en su pensamiento. Es un constante ir y venir de ideas que algunas veces resultan contradictorias y, otras, acordes con su objetivo, que era darle fama y grandeza a la nueva nación mexicana.

El sentido nacionalista de este autor es claro. Como hombre culto, al igual que Sor Juana, emplea todos sus conocimientos para dar a conocer una nación hecha de dos culturas. Por una parte, un pasado indígena glorioso y por otra, la llegada de la cultura occidental y así se va creando un sentido de autonomía en México. Así Sigüenza en su intento por sentirse integrado a una sociedad donde los criollos eran el punto intermedio entre indios y españoles,

logra rescatar a México como una nueva nación, cuyos pasados gloriosos y su presente occidentalizado quedan como bases de la nueva sociedad mexicana, a la que Sigüenza denomina patria.

BIBLIOGRAFÍA

- Benítez Grobet, Laura, *La idea de historia en Carlos de Sigüenza y Góngora*, UNAM, FFL, México, 1982, pp. 73-149.
- Benítez, Fernando, *Los Primeros Mexicanos*, 6ª. ed., Era, México, 1976, pp. 186-215, 233-260.
- Bergöend, Bernardo, *La Nacionalidad Mexicana y la Virgen de Guadalupe*, ed. Jus, 2ª. ed. México, 1968, pp. 147.
- Brading, David A., *Orbe Indiano* “De la monarquía católica a la República criolla 1492-1867”, trad. de Juan José Utrilla, FCE, México, 1991, pp. 769.
- -----, *Los orígenes del Nacionalismo Mexicano*, Era, 2ª. ed., México, 1988, pp. 495.

- Catalá, Rafael, *Para una lectura Americana del Barroco Mexicano: Sor Juana Inés y Sigüenza y Góngora*, Prisma Institute, Minnessota, EUA, 1987, pp. 217.
- Corbato, Hermenegildo, “La Emergencia de la Idea de Nacionalidad en el México Colonial”, en *Revista Iberoamericana*, vol. VI, núm. 12, (mayo, 1943), pp. 172-190.
- De la Maza, Francisco, “Sor Juana y Don Carlos. Explicación de dos sonetos hasta ahora confusos”, en *Cuadernos Americanos*, México, vol. XXV, núm. 2. (1966), p. 190-204.
- De la Maza, Francisco, *El guadalupanismo mexicano*, FCE, col. Lecturas Mexicanas, México, 1984, pp. 195.
- Eguiara y Eguren, Juan José, *Historia de Sabios Novohispanos*, intr. de Ernesto de la Torre Villar, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1998, pp. 135-157.
- Escamilla González, Iván, “El siglo de oro vindicado, Carlos de Sigüenza y Góngora, el Conde de Galve y el tumulto de 1692”, en *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000*, ed. de Alicia Mayer, t. II, UNAM, México, 2000, pp. 179-203.

- Gaytán, Carlos, *Diccionario Mitológico*, 9ª. reimpr., Diana, México, 1979.
- González Guerrero, Francisco, *En Torno a la Literatura Mexicana*, pról. de Pedro F. de Andrea, col. Sep Setentas, México, 1976, pp. 46-50.
- Iglesia, Ramón, “La mexicanidad de Sigüenza y Góngora”, en *El Hombre Colón y otros ensayos*, FCE, México, 1994, pp.182-197.
- Lafaye, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe, la formación de la conciencia nacional en México*, trad. de Ida Vitale y Fulgencio López Vidarte, 2ª. ed., FCE, México, 1985, pp. 516.
- Leonard, Irving A., *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, un sabio erudito barroco del siglo XVII*, trad. de Juan José Utrilla, FCE, México, 1984.
- -----, *La época barroca en el México Colonial*, trad. de Agustín Ecurrida, FCE, 3ª. reimpr., col. Popular, México, 1990, pp. 65-86, 174-212, 278-326.
- López Cámara, Francisco, “La Conciencia criolla en Sor Juana y Sigüenza”, en *Historia Mexicana*, Revista Trimestral, Colegio de México, vol. 6 (1957), pp. 350-373.

- Lorente Medina, Antonio, *La Prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*, FCE, México, 1996.
- Manrique, Jorge, “Del Barroco a la Ilustración”, en *Historia General de México*, t. II, El Colegio de México, México, 1977, pp. 357-437.
- Mayer, Alicia, *Dos Americanos, dos pensamientos, Carlos de Sigüenza y Góngora y Cotton Matler*, UNAM, México, 1998, pp. 377.
- Miranda, José, *Vida Colonial y albores de la Independencia*, col. Sep Setentas, México, 1976, pp. 80-89.
- Montiel Bonilla, Alejandro, *El Teatro de Virtudes de Sigüenza y Góngora: ¿pilar del Nacionalismo o texto cortesano del siglo XVII?*, Secretaría de Cultura, Puebla, México, 1999, pp. 142.
- More, Anna, “La Patria criolla como jeroglífico secularizado en el Teatro de Virtudes de Sigüenza y Góngora”, en *Carlos de Sigüenza y Góngora Homenaje 1700-2000*, t. II, UNAM, México, 2000, pp. 47-77.
- Muriá, José María, *Sociedad Prehispánica y Pensamiento Europeo*, col. Sep Setentas, México, 1973, pp. 96-104.
- Paz, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la Fe*, Seix Barral, col. Biblioteca Breve, Barcelona, 1982, pp. 193-228.

- *Poetas Novohispanos, (Segundo siglo), (1621-1721)*, sel. y notas de Alfonso Méndez Plancarte, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1994, pp. 321.
- Reyes, Alfonso, *Letras de la Nueva España*, 4ª. ed., FCE, col. Popular, México, 1986, pp. 135.
- Robles, Antonio de, *Diario de Sucesos Notables (1665-1703)*, ed. y pról., de Antonio Castro Leal, t. II, Porrúa, 2ª. ed., México, 1972, pp. 251-265.
- Riva Palacio, Vicente, *México a través de los siglos*, t. IV., ed. Cumbre, México, 1976.
- Rojas Garcidueñas, José, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito barroco*, Xóchitl, México, 1945.
- Sibirsky, Saúl, “Carlos de Sigüenza y Góngora, la transición hacia el iluminismo criollo en una figura de excesión”, en *Revista Iberoamericana*, 31:60 (1965), pp. 195-207.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de., *Glorias de Querétaro*, Cimatario ediciones, Querétaro, México, 1985, pp. 173.
- -----, *Seis Obras. Infortunios de Alonso Ramírez, Trofeo de la Justicia Española, Alboroto y Motín, Mercurio Volante,*

Teatro de Virtudes Políticas, Libra Astronómica y filosófica., pról. de William G. Bryant, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984.

- -----, *Relaciones Históricas*, pról. y notas de Manuel Romero de Terreros, UNAM, Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1992, pp. 83-150.
- Sten, María, *Vida y Muerte del Teatro Náhuatl*, col. Sep Setentas, México, 1975.
- Torre Villar, Ernesto de la., *En torno al guadalupanismo*, Porrúa México, 1985, pp. 7-147.